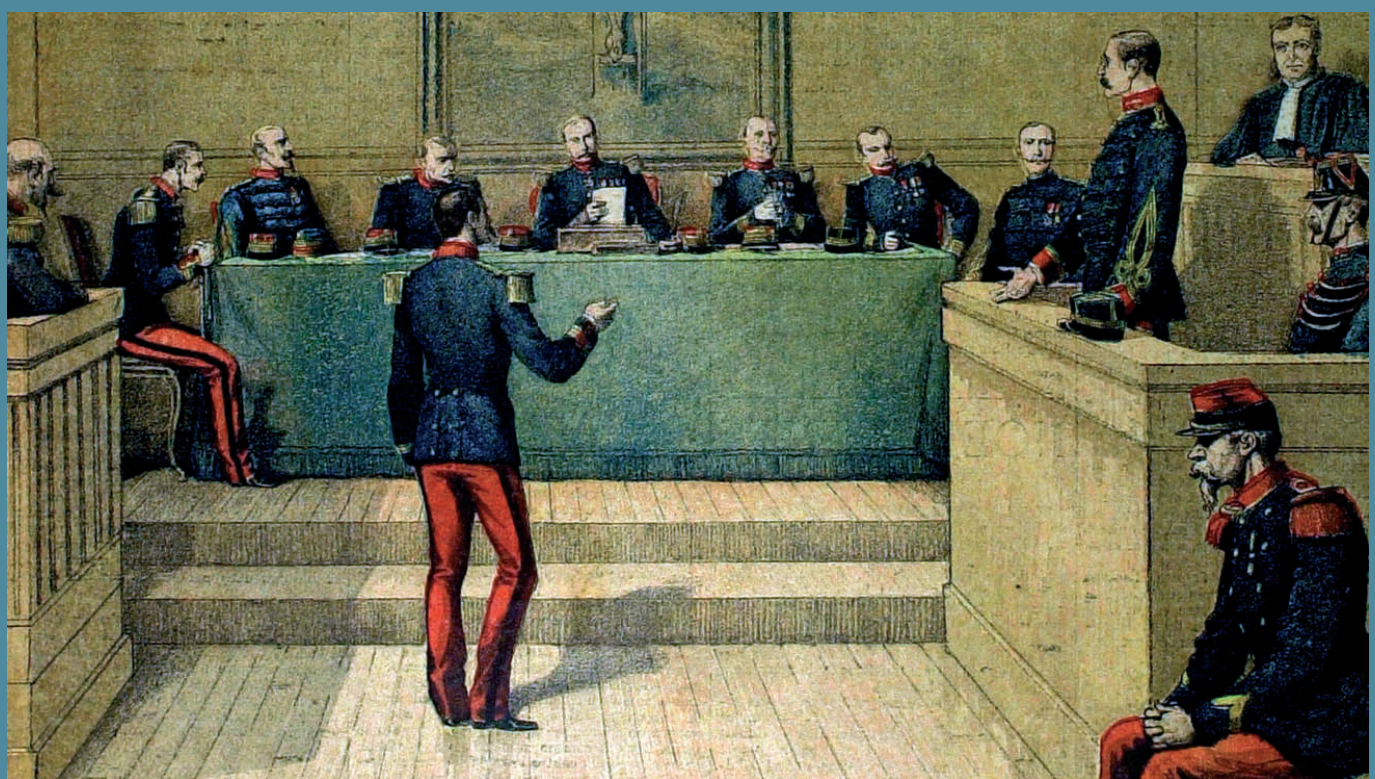
Dreyfus

Víctima del antisemitismo



El capitán Alfred Dreyfus ante el consejo de guerra de Rennes, que revisó su caso en 1899 y, en el colmo del disparate, volvió a condenarle.

38. La gran idiotez
Luis Reyes

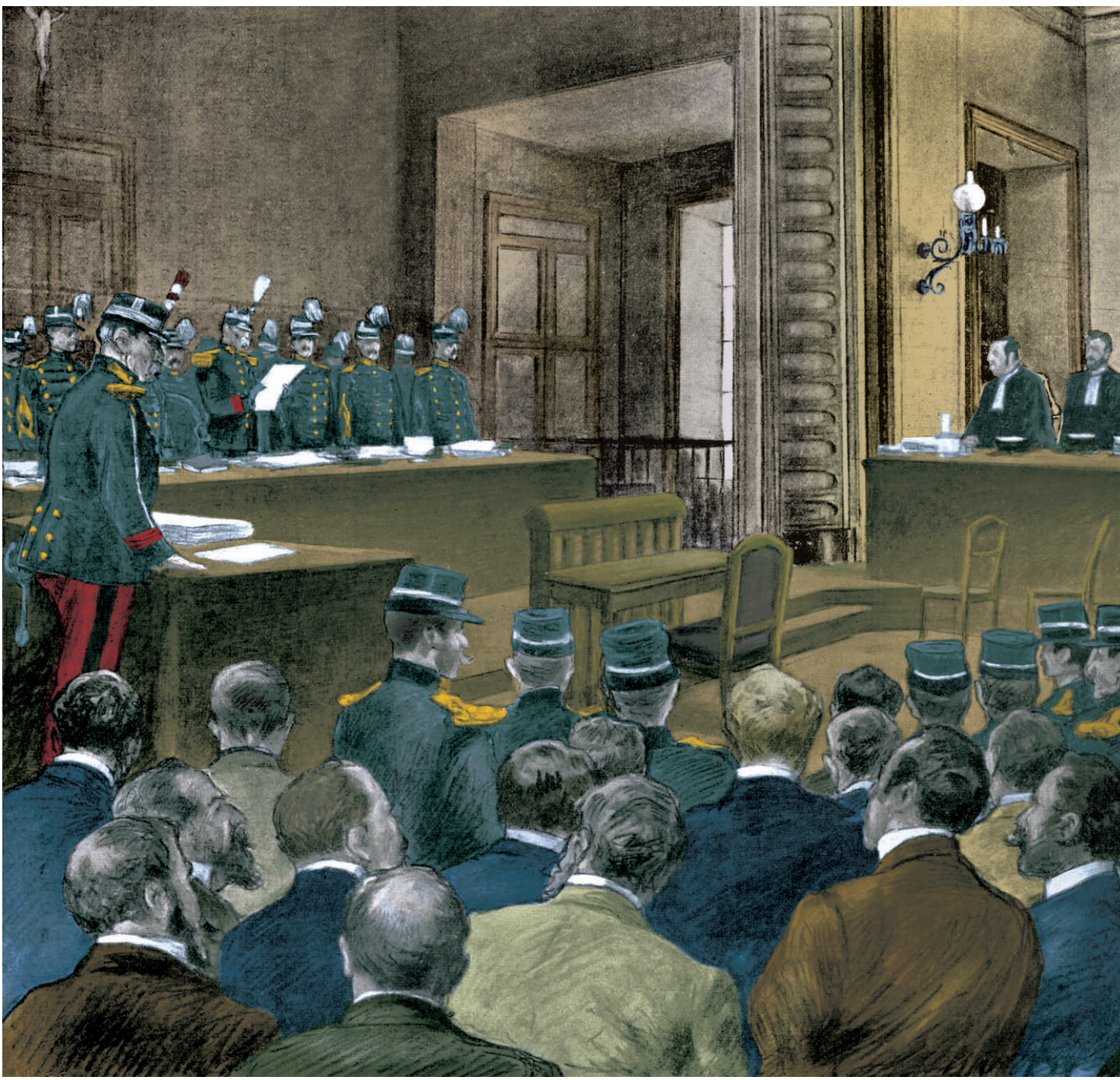
45. Judeofobia
Pedro Tomé

50. El sionismo
David Solar

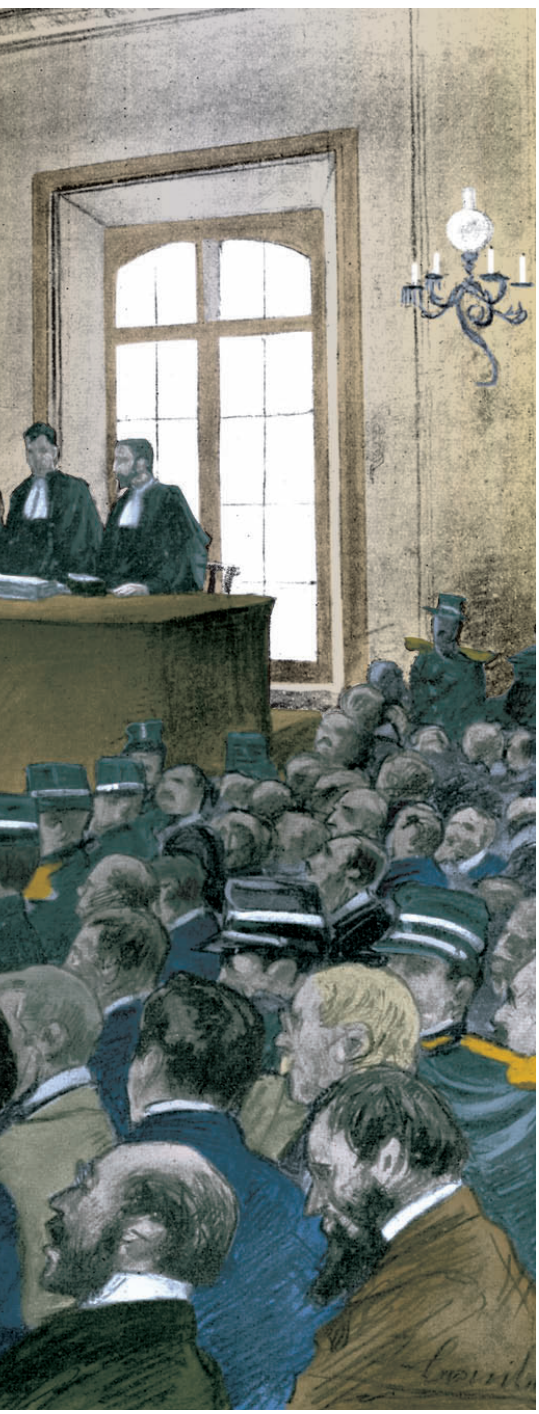
57. En lucha
Javier Redondo

En julio de 1906, el capitán Dreyfus fue rehabilitado, cerrándose el caso judicial abierto doce años antes cuando el militar, acusado de espionaje, fue condenado sin prueba alguna, sólo porque era de origen judío. Su degradación, deportación y condena dividieron a la Francia de finales del siglo XIX, movilizaron a la intelectualidad y fueron el origen del sionismo

Francia partida en dos LA GRAN IDIOTEZ



Hace cien años se cerró el Caso Dreyfus, que durante una década dividió a la sociedad francesa, originando una gravísima crisis social y política. **Luis Reyes** reconstruye el caso y el proceso, originado por la estupidez, los prejuicios y el conservadurismo del Estado Mayor francés



Izquierda, **lectura de la sentencia contra el capitán Dreyfus** en la revisión del juicio, celebrada en Rennes, en el verano de 1899 (*La Ilustración Española y Americana,* por Comba, grabado coloreado).

Alfred Dreyfus, el capitán de Artillería condenado en un proceso de espionaje por el hecho de ser de origen judío.

¡Hay un traidor en el Ministerio de la Guerra! El rumor, o más bien el grito de alarma, se extiende por París como una epidemia de gripe en aquel otoño de 1894. El contraespionaje ha interceptado, en la papelera del agregado militar alemán, una nota en la que le ofrecen varios documentos secretos, incluido el *Manual de tiro de campaña* de la Artillería francesa y el freno de retroceso de un cañón.

Francia vive entre la frustración y el afán de revancha desde 1870, cuando Prusia la humilló, la ocupó y le amputó Alsacia y Lorena. Muchos franceses –los nacionalistas, los conservadores, aunque no sólo ellos– tienen puestas sus esperanzas en que el Ejército les devuelva la dignidad nacional venciendo a los alemanes en la próxima guerra. Ésa es la misión sagrada de los militares. Por eso, que un oficial francés le ofrezca secretos a Alemania es algo más que un delito, es un sacrilegio.

El Estado Mayor aborda el caso como un asunto de familia. Hay que arreglarlo en casa, como un delito de honor. La nota traidora, en francés denominada siempre como *le bordereau,* el albarán, ha partido de un oficial destinado en el Ministerio de la Guerra, eso es una deducción lógica siguiendo los indicios.

Y puesto que se refiere al tiro de Artillería, ha tenido que escribirla un oficial de Artillería. Eso es una simplificación idiota. Idiotez que va a presidir el Caso Dreyfus, formando una diabólica trinidad con el antisemitismo y el *esprit de corps.*

La idiotez inicia su campaña a primeros de octubre de 1894 y es de una gran efectividad. Se examinan los oficiales de Artillería destinados en el Ministerio y se descubre a un judío, el capitán Alfred Dreyfus. ¿Para qué buscar más? Un caballero cristiano, como debe ser un oficial francés, no puede cometer un sacrilegio, pero un judío no es caballero –es burgués, movido por el afán de lucro en vez de por el honor–. ¡Caso resuelto!

Por si la simple condición de judío no fuese suficiente cargo, las circunstancias personales del capitán Dreyfus perjudican su causa. En el Ejército francés, la Artillería se consideraba *Arme savante*, literalmente Arma sabia, por eso había pasado desapercibido el capitán Dreyfus, con sus lentes, su calvicie prematura y su aire intelectual. Además hablaba alemán, la lengua del enemigo y ¡visitaba regularmente a su familia en Alemania! Los Dreyfus eran gente acomodada de Mulhouse, la industrial ciudad alsaciana, que era francesa en 1859, cuando Alfred nació, y alemana a partir de 1870.

Un inquisidor ridículo

Las circunstancias parecieron pruebas aplastantes. Sólo faltaba la confesión del traidor. Para esta misión de limpieza del honor fue designado "un auténtico caballero", comenzando por su nombre: Armand, Auguste, Charles, Ferdinad Mer-

Luis Reyes Blanc es periodista.

Comandante Hubert Joseph Henry, el hombre del contraespionaje militar que amañó las pruebas y filtró informaciones a la prensa

cier du Paty de Clam, cuya estirpe decía remontarse al tiempo de los Capetos... Era el mayor idiota del Ministerio de la Guerra y quizá de todo el Ejército francés. Jean Jaurès, el gran dirigente socialista, dijo de él: "Tiene la imaginación de Ponson du Terrail", el creador de las noveluchas de *Rocambole*, mientras que Zola le calificó de "espíritu borroso, complicado, lleno de intrigas novelescas, complaciéndose con recursos de folletín".

Le bordereau era una nota manuscrita y Paty de Clam, fingiendo una herida en la mano, le pidió a Dreyfus que le escribiera una carta; así obtuvo una muestra caligráfica espontánea. Paty, aficionado a la grafología –luego se demostraría que no era un experto– dictaminó que era la misma de *le bordereau* en cuanto la tuvo bajo los ojos.

– ¡Está usted pillado! Sólo tiene una salida digna... –le dijo exultante a Dreyfus, a la vez que le entregaba un revólver para que se quitara de en medio.

Pero el capitán, en vez de aceptar la solución caballerosa que se le ofrecía, rechazó la acusación y se proclamó inocente. No quedaba, pues, más remedio que encerrarlo en la prisión militar de Cherche-Midi y preparar el consejo de guerra. Du Paty fue el encargado de buscar las evidencias y lo hizo como "un investigador de melodrama convertido en inquisidor de tragedia", en definición de Jaurès. Colocó espejos por la celda del reo para escudriñar cualquier aspecto de su culpable fisonomía; le despertaba en mitad del sueño deslumbrándole con una linterna para sorprender una expresión de terror y remordimiento que constituiría una prueba de cargo.

El perito calígrafo no respaldó la convicción de que Dreyfus era el autor de *le bordereau*. Para Du Paty era evidente que *el muy zorro* había disimulado su escritura, pero él se encargaría de ponerle al descubierto. Obligó a Dreyfus a realizar pruebas manuscritas con la mano izquierda, de pie, acostado... Al fin se encontró a otro experto en grafología dispuesto a sumarse al delirio fantasioso: según el perito Bertillon, Dreyfus había escrito *le bordereau* con su propia letra, pero introduciendo equivocaciones premeditadas, para que pareciera que otro había querido imitar su escritura. ¡Era suficiente para inculparlo!

La acusación se escudó en el secreto militar para que la defensa no pudiera examinar las inexistentes pruebas

El malo del drama

Otro protagonista de este "melodrama convertido en tragedia", fue el comandante Hubert Joseph Henry, el hombre que descubrió *le bordereau*. Destinado en el Servicio de Estadística del Ministerio –tras cuyo anodino nombre se ocultaba el contraespionaje militar– se ocupaba de confeccionar falsos informes y documentos amañados con los que engañar y despistar al espionaje alemán.

Henry no era un idiota como Paty de Clam, pero tacharle de intrigante y de falsario supone reconocerle méritos, pues ése era su trabajo, el que se le encomienda en el Servicio de Estadística. Henry fue, realmente, el espíritu maléfico que convirtió lo que tenía que ser un asunto de familia del Estado Mayor en el gran debate que partió Francia en dos, el incendiario que echó petróleo al fuego.

El comandante Henry filtró información desde el comienzo a *La Libre Parole*, un periódico de ultraderecha y antisemita que, desde su aparición dos años antes, mantenía una campaña contra los militares judíos, a los que acusaba de deslealtad, aplicando los tópicos racistas más soeces. Para ese panfleto, el Caso Dreyfus era, por tanto, la justificación de su existencia. ¡Por fin se demostraba lo que venían advirtiendo!

Tras llevar el asunto al campo mediático, sin adivinar ni por asomo hasta dónde llegaría la batalla de la opinión en Francia, Henry protagonizó, también, el consejo de guerra abierto en Cherche-Midi el 19 de diciembre. En nombre del servicio de inteligencia militar, fue el principal testigo de cargo y, a falta de pruebas, desplegó una gran actuación teatral.

– ¡He ahí el traidor! –truena desde el estrado señalando a Dreyfus.

El tribunal le pide que concrete, que explique de dónde sale su convicción, pero Henry se escuda en la seguridad nacional. "Hay secretos en la cabeza de un oficial que su gorra debe ignorar", dice superándose en su melodramatismo. Pero jura sobre un crucifijo que tiene pruebas de que el acusado es culpable.

Añádase a esto que el general Mercier, ministro de la Guerra, presenta un informe secreto inculpatorio, que la defensa no pudo refutar porque no se le permitió verlo y el juicio quedó visto para sentencia en cuatro días: cadena perpetua y deportación, por unanimidad.

La víspera de Reyes de 1895 tuvo lugar el auto de fe. El Estado Mayor, aban-

Glosario

Le bordereau: El albarán. Lista de secretos que se ofrecían al agregado militar alemán, origen del Caso Dreyfus.

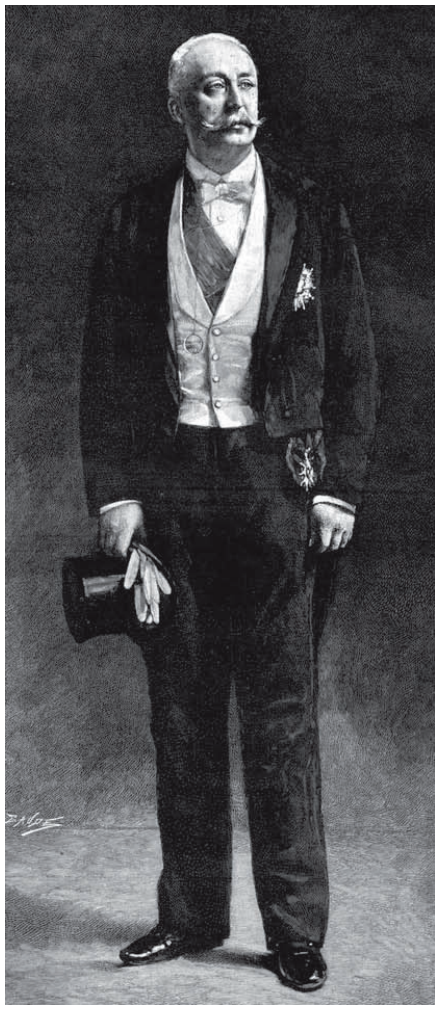
Le petit bleu: El pequeño azul. Telegrama del agregado alemán a Esterhazy que puso en evidencia que el espía era éste y no Dreyfus.

Le faux Henry: La falsificación Henry. Supuesta carta del agregado militar alemán en la que éste se refería a Dreyfus como su agente, falsificada por el comandante Henry.

La lettre du Uhian: La carta del Ulano. Carta de Esterhazy a su amante, en la que revelaba expresivamente su odio a Francia.

La femme voilée: La mujer velada. Misteriosa dama que advirtió a Esterhazy de que le estaban investigando. En realidad, era Paty de Clam travestido.

Dreyfus, durante su estancia en la prisión de La Santé, donde estuvo recluido antes del juicio y después de su condena, antes del traslado a la Isla del Diablo, en la Guayana Francesa.



Félix Faure. El pecado del presidente francés fue la cobardía: prefirió sacrificar a un inocente que desafiar al Ejército.

donada la idea de "lavar la ropa sucia en casa", muestra a toda Francia su justicia y la eficacia de su vigilancia. En el patio de armas de la Escuela Militar, el capitán Alfred Dreyfus fue públicamente degradado, sus insignias arrancadas del uniforme, su sable roto, como recoge la portada de *Le Petit Journal*, popular periódico ilustrado del campo nacionalista.

Esa tarde, la prensa completa la faena publicando una inventada confesión de Dreyfus. Pocos llorarán cuando un par de semanas después sea enviado a la Isla del Diablo, la infame penitenciaría de la Guayana Francesa. Caso cerrado.

Antisemita e íntegro

Ha pasado año y medio desde que estalló el Caso Dreyfus y todo sigue igual, salvo por un cambio de personal en el Estado Mayor. El jefe del servicio de inteligencia militar, coronel Sandherr, paralítico a causa de una extraña enfermedad que le llevará enseguida a la muerte, fue sustituido por el teniente coronel Georges Picquart, ajeno al famoso asunto.

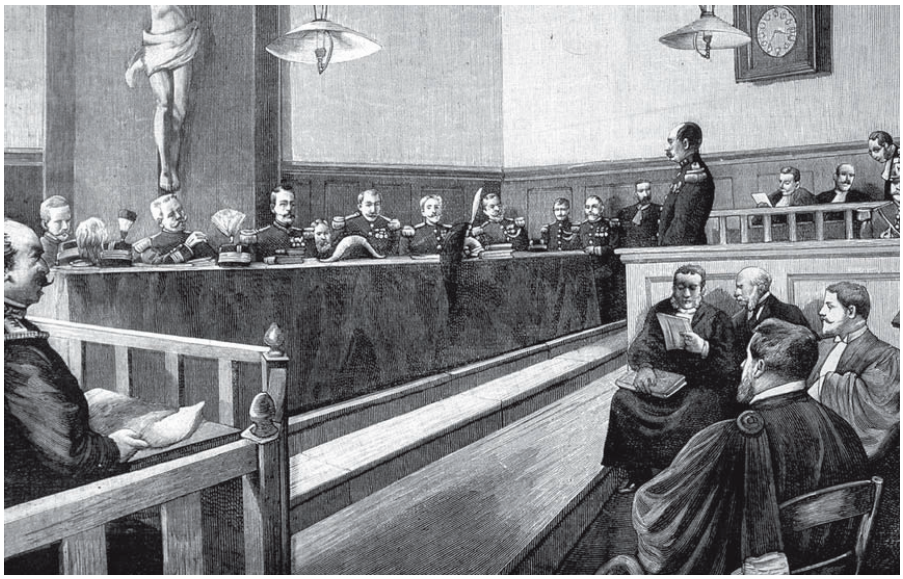
Picquart era, según Zola, "un apasionado antisemita", nada extraordinario, pues el antisemitismo proliferaba entre los oficiales de carrera franceses, pero también un hombre íntegro e inteligente, dos características que habían brillado por su ausencia en los militares promotores del Caso.

A primeros de marzo de 1896, Picquart interceptó un telegrama del ya citado agregado militar alemán, el coronel Maximilian von Schwartzkoppen, dirigido al capitán Esterhazy, un oficial del servicio de inteligencia francés. *Le petit bleu*, como será bautizado este nuevo documento –otra muestra de la chapuza que era el espionaje militar– le induce a investigar al oficial a sus órdenes.

Marie, Charles, Ferdinand Walsin Esterhazy, que se hace llamar conde sin serlo, es en realidad un chisgarabís, un fantasma megalómano y derrochador, vástago podrido de una rancia familia militar de origen húngaro, hijo de un general de la Guerra de Crimea. Lleno de deudas por su mala cabeza, se ha vendido al enemigo y proporciona informes al agregado alemán, aunque son tan poco interesantes que éste llega a dudar que Esterhazy sea de verdad un oficial y se refiere a él apodándole "el sinvergüenza".

En cuanto Picquart examina a Esterhazy, cae en la cuenta de que el autor de *Le petit bleu* es la misma persona que redactó el famoso *bordereau* por el que se había condenado a Dreyfus.

Picquart comunica sus sospechas al general Boisdeffre, jefe del Estado Mayor, que le conmina a actuar con prudencia. Con prudencia lleva a cabo su encuesta,



Proceso Esterhazy, en enero de 1898. Un simulacro a puerta cerrada que duró una jornada y terminó con la absolución del culpable, cuya responsabilidad era conocida por el Estado Mayor.

Ferdinad W. Esterhazy, falso conde, jugador empedernido y agente del agregado militar alemán, al que vendía información.

que le conduce a la convicción de la culpabilidad de Esterhazy, e informa de ello a sus superiores. El general Gonse, número dos del Estado Mayor, tomará las riendas de este desagradable asunto que pone en evidencia la gran idiotez del Estado Mayor, la falsedad y prejuicio con que se ha instruido el Caso Dreyfus.

Hay que evitar el ridículo, decide Gonse, por encima de todo, incluso de la seguridad nacional. La primera medida es neutralizar a Picquart, que se ha convertido en depositario de un secreto peligroso. Se le envía a Túnez, al último confín de la colonia, la desértica frontera con Tripolitania, con el oculto deseo de que encuentre allí la muerte.

Conspiración en el Estado Mayor

Paralelamente, el comandante Henry hace una de las suyas. Puesto que su especialidad en el Servicio de Estadística es crear falsos documentos para despistar al espionaje alemán, imitó una carta de Schwartzkoppen al agregado militar italiano, Panizzardi, en la que se refería a Dreyfus como su agente. Este documento, conocido como *Le faux Henry*, trataba de reforzar la tesis oficial de que no había más traidor que el militar judío, y que cualquier argumento en contra respondía a una conspiración organizada o pagada por el judaísmo internacional.

Porque ya había gente en Francia que ponía públicamente en duda la culpabilidad de Dreyfus. Un periodista anarquista

El destino de los protagonistas

Qué fue del resto de los protagonistas del Caso Dreyfus?

Paty de Clam, dado de baja del Ejército, fue reincorporado al estallar la Gran Guerra. Murió en 1916, uno más del millón y medio de franceses que cayeron en las trincheras.

Esterhazy, huido a Inglaterra hasta el fin de sus días, malvivió haciendo traducciones, escribiendo relatos bajo el pseudónimo de conde de Voylemont y trabajando como viajante de comercio.

El agregado militar alemán, Von Schwartzkoppen, tras dejar su puesto en la Embajada en París, fue comandante del 2° Regimiento de Granaderos de la Guardia Kaiser Franz, uno de los cuerpos más prestigiosos del Ejército alemán, y mandó una División de Infantería en la Gran Guerra.

El senador Scheurer-Kestner no pudo disfrutar de la victoria *dreyfussard* por la que tanto había hecho: murió el mismo día en que el presidente de la República amnistió a Dreyfus, el 19 de abril de 1899.

Jean Jaurés, enfrentado a la reticencia de los socialistas a implicarse en el Caso Dreyfus, perdió su escaño de diputado precisamente por ello. Pero volvió a la política para convertirse en la primera figura del socialismo francés. Un ultranacionalista le asesinó en 1914 por su postura pacifista.

Zola, que además de sufrir el exilio soportó que le rechazasen por dos veces en la Academia Francesa y le expulsasen de la Legión de Honor, murió en 1902, antes de ver completa la rehabilitación de Dreyfus. Pero cuando la Cámara de Diputados votó ésta, decidió a la vez que las cenizas de Zola descansasen en el Panteón, el máximo honor *post mórtem* que concede Francia. Picquart fue rehabilitado y, readmitido en el Ejército como general, fue ministro de la Guerra con Clemenceau.

En cuanto a Dreyfus, fue herido en un atentado precisamente durante el traslado de los restos de Zola al Panteón. Fue honrado con la Legión de Honor y combatió en la Gran Guerra como teniente coronel de Artillería. Se jubiló como general y vivió discretamente hasta 1935.

Si se hubiera prolongado su ancianidad habría padecido otra vez por ser judío, cuando Francia fue ocupada y el Gobierno de Vichy colaboró en la política nazi de exterminio. Pero en su caso, habría tenido un regusto aún más amargo, pues habría encontrado como comisario de Asuntos Judíos del régimen de Pétain a... ¡Charles du Paty de Clam, el hijo del Gran Idiota!

Coronel Schwartzkoppen, agregado militar en París en los años del caso *Dreyfus*. Combatió como general en la Gran Guerra.

Alfred Dreyfus soportó cuatro años largos de cautiverio en la Isla del Diablo, hasta que se revisó el juicio, en el que fue nuevamente condenado (portada de *Le Petit Journal*).

y judío, Bernard Lazare, editó en Bruselas, el 6 de noviembre de 1896, un folleto titulado "Un error judicial, la verdad sobre el Caso Dreyfus".

Saltaba al ruedo el primer *dreyfussard*, como se llamarían los defensores de la inocencia del capitán. Enseguida fueron la mitad de Francia, mientras que la otra media sería *antidreyfussard*.

Ambos campos maniobraron durante 1897 como ejércitos adversarios que buscaran posiciones para la batalla. A principios del verano, Picquart, que temía con razón ser convertido en chivo expiatorio, aprovechó un permiso para viajar a París y y comunicarle sus averiguaciones y sospechas a un amigo abogado, Louis Leblois. Éste acudió a un prestigioso político republicano, Auguste Scheurer-Kestner, vicepresidente del Senado, que tomó partido por la revisión del Caso Dreyfus. El bando *dreyfussard* ganaba a un auténtico peso pesado.

En el otro campo se celebró una reunión en el Ministerio de la Guerra en la que el general Gonse, el comandante Henry y Paty de Clam adoptaron una decisión insólita y constitutiva de alta traición: advirtieron al espía Esterhazy que estaba siendo investigado, para que preparase su coartada.

Scheurer-Kestner se entrevistó con el jefe del Gobierno e incluso con el presidente de la República, para reclamar la revisión del Caso Dreyfus. Por el otro lado, Paty de Clam, fiel a su extravagancia, se disfrazó de mujer, se cubrió la cara con una tupida gasa y, travestido en la misteriosa *Femme voilée*, mantuvo varias citas con Esterhazy, en las que le advirtió de la "conspiración judía" que le acechaba.

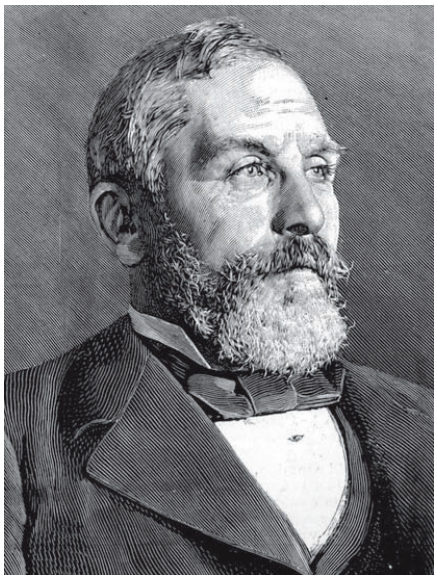
La amante despechada

¿Qué faltaba en este "melodrama", qué elemento imprescindible en el folletín? Una amante despechada: Madame de Boulancy no sólo había sido abandonada por Esterhazy, sino que no quería devolverle el dinero que le había prestado... ¡Ah, pero como todas las amantes, tiene cartas!

El periódico *Le Figaro*, que acababa de publicar el primer artículo *dreyfussard* de Zola el 25 de noviembre de 1897, saca tres días después varios fragmentos sabrosos de las cartas amorosas de Esterhazy, incluida la que se denominó *La lettre du Uhlan*, la carta del Ulano: "Si me dijeran que iba a morir mañana como capitán de Ulanos (la más característica caballería alemana) acuchillando franceses, sería completamente feliz (...) Yo no le haría daño a un perrito, pero mataría 100.000 franceses con placer", escribía Esterhazy. La presión de la opinión pública obligó a llevar a este estúpido ante un consejo de guerra. Los *dreyfussards* se creyeron vencedores: establecido que el capitán Esterhazy era el topo del espionaje alemán en el Ministerio de la Guerra, sería evidente la inocencia de Dreyfus.

Para impedir que su imbecilidad quedara al descubierto, el Estado Mayor logró que el consejo de guerra contra Esterhazy se celebrara a puerta cerrada. El fallo no revestiría ninguna duda: ¡inocente por unanimidad!

Madame Dreyfus. La esposa del capitán, convencida de su inocencia, utilizó todos sus recursos para que se repitiera el juicio.



Presidente Émile Loubet. Promovió que se repitiera el juicio y, ante la contumaz condena militar, indultó a Dreyfus.

Estalló el escándalo. Dos días después, el 13 de enero de 1898, se produjo el hecho más famoso del *affaire*: en la primera página de *L'Aurore*, un periódico en cuya redacción figuraba Clemenceau, apareció "Yo acuso", el apasionado artículo de Zola, publicado en forma de carta abierta al presidente de la República.

Con pelos y señales

Zola no se mordió la lengua: todo el escándalo del Caso Dreyfus, con los nombres de sus muñidores y las complicidades del poder, quedaba al descubierto.

Como consecuencia, Zola fue procesado y condenado a un año de cárcel por difamación, por lo que se exilió en Londres. El teniente coronel Picquart, culpable de haber detectado al espía Esterhazy, fue arrestado. Pero, al tiempo, los intelectuales *dreyfussards* se movilizaban firmando manifiestos en *L'Aurore*.

Es la guerra civil, no armada –aunque hubo tiros y estocadas en los numerosos duelos que se suscitaron– pero sí ideológica. Por un lado, estaba la Francia republicana, laica, progresista, con su cohorte de intelectuales como fuerza de choque. Por el otro la caverna, los monárquicos, los clericales, los ultranacionalistas xenófobos, en fin, cuantos rechazaban la democracia de la III República, sosteniendo y sosteniéndose en un *establishment* militar de extrema derecha. Únicamente los diputados socialistas pretendieron mantenerse al margen de lo que consideraban un conflicto de la burguesía, pero su líder más notable, Jean Jaurès, rechazó esa actitud oportunista y se hizo activo *dreyfussard*.

No todo el Ejército francés estaba corrompido por la gran idiotez del Estado Mayor. De la misma forma que Picquart había detectado al traidor Esterhazy, un tal capitán Cuignet, miembro del gabinete del nuevo ministro de la Guerra, Cavaignac, descubrió el fraude del *faux Henry* y puso en evidencia sus maquinaciones.

Acorralado, Henry confesó ante el ministro y fue arrestado. Oportunamente se le permitió conservar la navaja de afeitar, con la que se suicidó. Esterhazy, asustado, se refugió en Inglaterra, que así acogió, a la vez, al más famoso *dreyfussard*, Émile Zola, y al culpable del *affaire*.

Entre conmociones políticas que derribaban ministerios, un suceso al margen de la voluntad humana supuso un giro cerrado en el Caso Dreyfus. El 16 de febrero de 1899 murió el presidente de la República, Félix Faure. El pecado de este republicano moderado fue el miedo; falto de valor para enfrentarse al Ejército, consideró que la espantosa injusticia del Caso Dreyfus era el mal menor e impidió que se revisara su proceso.

Las Cámaras eligieron como nuevo presidente a Émile Loubet, un republicano radical dispuesto a restablecer la justicia a cualquier precio. Para impedirlo, los *antidreyfussards* intentaron un golpe de Estado que fracasó. Mientras la justicia civil tomaba cartas en el asunto y perseguía a los conspiradores, el Tribunal Supremo anuló el consejo de guerra que condenó a Dreyfus y ordenó que se repitiera el juicio. Se formó un Gobierno "de defensa republicana" presidido por Waldeck-Rousseau, que encargó la cartera de Guerra al general Gallifet, comprometido a imponer al Ejército la revisión del Caso.

El colmo de la contumacia

En vísperas del nuevo juicio castrense a Dreyfus, el estrambótico Esterhazy, incapaz de mantenerse discretamente fuera de cuadro, publicó un largo artículo en *Le Matin* reconociéndose autor del *bordereau*, aunque actuando al dictado del jefe del servicio de inteligencia, el coronel Sandherr, ya fallecido. Su vileza, culpando a alguien que ya no podía defenderse, no restaba valor a la confesión. Al asumir la autoría del *bordereau*, Esterhazy exculpaba al militar judío.

El nuevo consejo de guerra de Dreyfus comenzó el 7 de agosto de 1899 y, al contrario de la brevedad de los anteriores, duró más de un mes. Todo parecía a punto de concluir bien, pero el 9 de septiembre, el tribunal militar volvió a condenar al capitán Dreyfus.

Francia y el mundo entero se quedan atónitos, pues la inocencia de Dreyfus era notoria para todos. La obstinación del Estado Mayor en sostenerla y no enmendarla era suicida, el descrédito de la institución militar fue mayor que si hubiera reconocido su error. La ultraderecha quedó tan desprestigiada que el republicanismo radical pudo consumar la separación de la Iglesia y el Estado e introducir importantes reformas. En cuanto a Dreyfus, no tuvo que regresar a su cautiverio, pues el presidente Loubet le concedió el indulto.

Sin embargo, la historia no terminó ahí. El protagonista inició una larga batalla legal para que fuera una sentencia judicial la que le devolviera el honor y su posición militar. Por fin, el 12 de julio de 1906 –hace un siglo– el Tribunal Supremo, con sus salas reunidas en plenario, falló que la condena del consejo de guerra contra el capitán había sido injusta. Al día siguiente, la Cámara legislativa votó una ley reintegrando a Alfred Dreyfus al Ejército con el grado de comandante.

El Caso Dreyfus, finalmente, quedaba cerrado, pero alguna de sus movilizaciones continuaría su curso. ■

Chivos expiatorios

JUDEOFOBIA

En el último tercio del siglo XIX proliferaron en Europa las publicaciones antijudías y se acuñó el antisemitismo como término. **Pedro Tomé** analiza los orígenes y el desarrollo del fenómeno, válvula de escape de las frustraciones sociopolíticas y de las contradicciones del nacionalismo

Sólo un decenio antes de que parte de la bienpensante sociedad parisina se cimbrara ante las acusaciones que Émile Zola lanzara en la prensa para justificar lo que denominó "un grito de mi alma", habían aparecido en la capital francesa tres traducciones diferentes de *El judío del Talmud*. Esta obra había sido escrita en alemán por August Rohling, canónigo católico que basaba su respetabilidad en la cátedra de Teología que mantenía en la Universidad Imperial de Praga. Publicada en 1871, su argumento –tan falaz como antiguo, tan sofisticado como vacuo– se reducía a repetir viejas consignas que acusaban a la comunidad judía de cometer terribles sacrificios rituales con sangre de impúberes, utilizando como prueba más determinante los procesos habidos en la España de 1491 a propósito del martirio del Santo Niño de La Guardia.

Posiblemente la obra hubiera pasado totalmente desapercibida de no ser porque la exhibición de ignorancia y el compendio de falsedades fueron denunciados por el pensador judío Joseph Bloch con tal vehemencia que August Rohling terminó acudiendo a los tribunales. El proceso pronto viró en contra de los deseos del canónigo, por lo que éste retiró su demanda, pero el juicio –que entre dimes y diretes se prolongó durante más

Dreyfus, asistido en la cruz por el general Mercier, quién testificó que disponía de documentos secretos que culpaban al capitán (Ibels H. Gabriel, 1894).

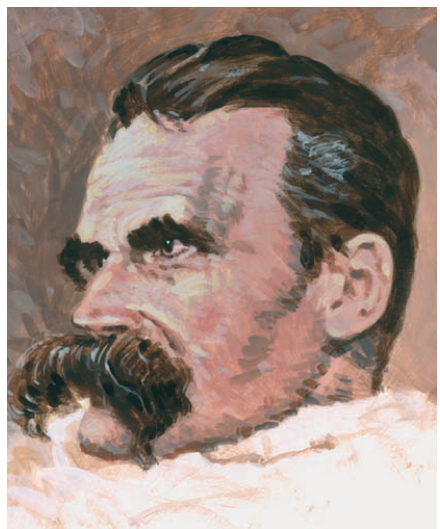
Pedro Tomé es antropólogo y científico titular del CSIC.

de una década– otorgó a la obra de Rohling una desmesurada publicidad, logrando que su mensaje trascendiera las aulas y los campus académicos para llegar a una gran parte de la población. Es más, los sucesivos procesos, que terminaron con el canónigo fuera de la universidad –una vez probada la suma de ignorancia, falsedad y perfidia–, lograron que muchos de sus adeptos pudieran presentarlo como un mártir, incrementándose aún más su publicidad.

Mientras tales procesos judiciales se sustanciaban en Austria, la unificación de los estados germanos en el II Reich permitía el surgimiento de una sociedad moderna en la que el progreso económico era patente. Ahora bien, éste estaba lastrado por la posguerra franco-prusiana, unida a los efectos derivados de las guerras de las décadas precedentes, principalmente la de Dinamarca (1864) y la del Imperio austro-húngaro (1865). Parte de la población creyó descubrir que los judíos resultaban, en muy buena medida, los principales beneficiarios del trabado progreso, razón por la que el proceso mismo y quienes parecían liderarlo en lo económico se identificaron como si fueran las dos caras de una misma moneda.

Las vacas flacas judías

En este contexto, el creciente capitalismo fue reconocido como la causa de la depresión económica y los judíos, como los principales impulsores del mismo. Y así, aunque de las vacas gordas se hubieran beneficiado tanto judíos como cristianos, las flacas fueron atribuidas exclusivamente a los primeros.



Friedrich W. Nietzsche (por E. O.) escribió en 1886: "Lo que quieren los judíos es dejarse absorber y disolverse en Europa y por Europa".

En este marco, el movimiento antijudío, de honda raigambre, sólo necesitaba ser convenientemente encauzado. De hecho, el libro *Zwanglose Anitsemitische Hefte*, junto al panfleto *La victoria del judaísmo sobre el germanismo*, escritos ambos por el periodista Wilhelm Marr, permitiría que aflorara con toda su crudeza. En estos escritos, Wilhelm Marr proponía desconectar "el problema judío" de la controversia religiosa y centrarlo en lo que él consideraba más importante: las "cualidades raciales".

Con ello, podía entroncar con una pléyade de pensadores, desde Schopenhauer hasta Hartman, pasando por Bauer y un Marx de origen judío, que, de una u otra forma, so pretexto de construir piezas teóricas más o menos sólidas, no desaprovecharon la ocasión para identificar a los judíos con diverso grado de negatividad. A la vez, esto le permitía insertarse en una discusión filosófica a la que su periodismo populista no podía aspirar.

Obviamente, dicha controversia filosófica incluía igualmente ideas favorables hacia los judíos de las que, tal vez, el más notorio ejemplo sea la obra de Nietzsche. Aunque no ha faltado quien haya defendido que Nietzsche es un precursor del nazismo del siglo XX, lo cierto es que el filosofo dejaba escrito allá por 1886, en su obra *Más allá del bien y del mal*, que no estaría de más expulsar de Alemania a los "antisemitas vocingleros" que impiden el gran anhelo de los judíos: "Lo que quieren y ansían, y hasta con cierta insistencia, es dejarse absorber y disolver en Europa y por Europa".

Ahora bien, su defensa tuvo efectos paradójicos cuando no directamente contrarios a los intereses de las comunidades judías, porque Nietzsche utilizó la integración de los judíos en la cultura europea dominante como arma para combatir al cristianismo: "Mientras el cristianismo ha hecho todo lo posible por orientalizar a Occidente, el judaísmo en cambio ha contribuido sobre todo a que se occidentalizara de nuevo; y esto significa en cierto modo que ha logrado que la misión y la historia de Eu-

Los judíos y el éxito

El primer estrato del antisemitismo francés fue pseudocientífico. La envidia creó el segundo. Si los judíos eran racialmente inferiores, ¿por qué tenían tanto éxito? La respuesta antisemita era inmediata: porque engañaban y conspiraban. Julien Benda, el famoso filósofo que vivió en su juventud el caso *Dreyfus*, escribiría respecto a su propio caso: "El triunfo de los hermanos Benda en el *concours général* me pareció una de las fuentes esenciales del antisemitismo que tuvieron que afrontar quince años más tarde. Lo advirtiesen o no los judíos, para otros franceses tal éxito constituía un acto de violencia".

Los hermanos Reinach, de enorme inteligencia –el abogado y político Joseph (1856-1921), el arqueólogo Salomón (1856-1932) y el latinista y helenista Théodore (1860-1928), formaron otro terceto de prodigios que conquistaron premios. Derrotaban siempre a los franceses en su propio juego académico-cultural. En 1892, estalló el Escándalo de Panamá, un laberinto de manipulación y fraude financieros, y el tío de estos hombres, el barón Jacques de Reinach, estaba implicado en el asunto. Su muerte misteriosa o su suicidio agravaron el escándalo y provocaron la irritada satisfacción de los antijudíos: ¡era evidente que siempre estafaban¡

El escándalo de la Unión General y el del Comptoir d'Escompte –con judíos comprometidos en ambos casos– eran simplemente el comienzo en la representación de este crimen, que parecía confirmar las teorías de la conspiración financiera delineadas en el libro de Drumont y ofrecía a los "periodistas investigadores" de *La Libre Parole* la oportunidad de publicar casi a diario un nuevo artículo antijudío. Después de Londres, París era el centro de apellidos judíos: Deutsch, Bamberger, Heine, Lippmann, Pereire, Ephrussi, Stern, Bischoffsheim, Hirsch y, por supuesto, Reinach. ¡Para empezar era suficiente!

(Citado por Paul Johnson, *La historia de los judíos*).

Manifestaciones de mujeres durante una huelga de la minería del carbón, una de las muchas que afectaron a Francia en en último tercio del XIX.

ropa fueran una continuación de la historia griega", dice en *Humano, demasiado humano.*

Antisemitismo y judeofobia

Sea como fuere, el nacimiento del equívoco término "antisemita" tuvo en 1879 a Wilhelm Marr como desafortunado padre. Y equívoco es porque dicho término hace referencia a Sem, quien según los escritos bíblicos habría sido el primogénito de Noé. De considerar la Biblia como fuente, habría que deducir que semitas son no sólo los hebreos o habitantes de Canaán, sino también los habitantes de Asiria, Babilonia, Etiopía y, por supuesto, los árabes y otras comunidades de Oriente Próximo y Medio.

Pero, más allá de la equívoca referencia, el logro de Wilhelm Marr fue identificar lengua, raza y cultura como si fueran una misma cosa. Cierto que hay una lengua franca que, hablada por los mencionados pueblos, permitiría hallar ciertas semejanzas culturales. Ahora bien, resulta de todo punto imposible identificar el orden lingüístico, o el más amplio lingüístico-cultural, con uniformidades raciales que sólo pueden ser mantenidas desde abstractos parámetros previos, imposibles de verificar empíricamente, que hacen ostentación del descrédito de la heterogeneidad constituyente de todo orden social.

En ese sentido, el término antisemita más que denotar un odio a los judíos, como quería su creador, haría referencia al desprecio a la mayor parte de las heterogéneas expresiones culturales desarrolladas en los últimos milenios en Oriente Medio y Próximo. No extraña, por tanto, que algunos pensadores hayan prescindido de dicho término que pretende crear una realidad inexistente –ni hay ni ha habido semitas– para sustituirlo por el de "judeofobia".

Nombres al margen, el incipiente movimiento antisemita alcanzó en el II Reich gran popularidad en un tiempo muy breve. Tan es así que en fecha tan temprana como 1879 un capellán de la corte, Adolf Stocker, ya había organizado una fuerza política, el Partido Social Cristiano, cuyo ideario se limitaba a exaltar la nobleza de la raza aria, a la que incluso habría pertenecido Jesucristo, frente a los corruptos semitas. Por cierto que rápidamente en el Imperio austro-húngaro se forjó un movimiento de semejantes características que alcanzó representación parlamentaria, demandando el fin de los derechos civiles de los judíos. En este contexto, no ha de causar asombro que varios judíos fueran detenidos en Hungría acusados de asesinar a una joven con fines rituales.

Si los estados germánicos se recomponían, la situación de Francia, tras la derrota en la guerra fanco-prusiana, no era particularmente optimista, máxime cuando dos días después de la firma de la paz, Napoleón III fue depuesto por los partidarios de la Tercera República. La situación de incertidumbre sería terreno abonado para el desarrollo de una prensa antisemita, entre la que destacaría la figura de Édouard Drumond.

A favor de corriente

Autor de *Francia judía* (1886), donde acusaba a los judíos de subyugar a los franceses, Drumond fundó en 1892 *La Li-*

Judíos de Kiev concentrados para su expulsión de la ciudad, a finales del siglo XIX, donde les sería prohibida la entrada bajo severísimas penas *(La Ilustración Española y Americana).*

bre Parole, periódico cuyas campañas estarían en la base del posterior Caso Dreyfus, para llegar, finalmente, a ser elegido diputado por Argel tras una virulenta campaña contra el otorgamiento de la nacionalidad francesa a los judíos de Argelia y tras fundar pocos años antes (1890) la Liga Nacional Antisemita.

Así pues, antes de que estallara el Caso Dreyfus, el terreno estaba sembrado por los herederos de los enemigos de una revolución frustrada. Porque, efectivamente, parte del antisemitismo francés procede de los que identificaron la Revolución francesa con el Mal Absoluto, que, cómo no, equiparaban con los judíos. Con ello se concibe a los judíos no sólo como principales enemigos de la Cristiandad, sino sobre todo como los causantes de todos los males que les acontecen por su nefasta costumbre de provocar revoluciones para lograr su propósito de gobernar sobre todo el orbe.

En este marco aparecen panfletos como el *Anti-Masón* (1896), medio de difusión de las ideas de la Liga del Labarum Antimasónico, u obras como *La Francmasonería desenmascarada* (1884), en la que se establece la asociación de judaísmo y masonería, por mucho que los judíos tuvieran prohibido el acceso a las logias parisinas dedicadas a san Juan Bautista, a quien no reconocían.

El espectacular éxito de las ideas de Drumond –consideradas por León Poliakov como un "sincretismo teológico racista"– se basó en la pronta acogida que tuvieron entre los sacerdotes católicos quienes disponían, además, de *La Croix*, otra revista antisemita. Éstos aprovecharon una situación de pesimismo generalizado para intentar demostrar que la República solo había traído males al país.

El escándalo del Canal

La crisis política y social se enturbió aún más tras las elecciones legislativas de 1893, celebradas poco tiempo después de que se conociera de manera detallada la forma en que los ahorros de miles de franceses se habían dilapidado en la construcción

La solución rusa

El propósito del Gobierno ruso era reducir la población del modo más rápido posible. Una imagen elocuente de aquella mentalidad se halla en los diarios de Theodor Herzl, que en 1903 entrevistó a varios ministros en San Petersburgo solicitando ayuda para el sionismo. El ministro de Finanzas, conde Serguei Witte, un liberal según los parámetros zaristas, le dijo:

– Hay que reconocer que los judíos dan muchas razones para justificar la hostilidad que suscitan. Tienen una arrogancia característica. Sin embargo, la mayoría de los judíos son pobres, y como son pobres, también son sucios y provocan repugnancia. Además, se dedican a toda clase de actividades desagradables, como la prostitución o la usura. Admitirá usted, por tanto, que a los amigos de los judíos les resulte difícil defenderlos. Y sin embargo, yo soy amigo de los judíos.

Theodor Herzl, el periodista austriaco, de origen judío, que escribió *Der Judenstaat* y puso en marcha el sionismo (por E. O.)

Herzl pensó: "Si es así, ciertamente no necesitamos enemigos".

Luego, Witte se quejó del gran número de judíos que militaban en el movimiento revolucionario.

Herzl: "¿A qué causa atribuye tal efervescencia política?".

Witte: "Creo que es culpa de nuestro gobierno. Se oprime excesivamente a los judíos. Yo solía decirle al difunto zar Alejandro III: "Majestad, si fuera posible ahogar a los seis o siete millones de judíos en el mar Negro, yo apoyaría absolutamente la medida, pero como no es posible, hay que dejarlos vivir. Y bien, ¿qué deseáis del gobierno ruso?".

Herzl: "Cierto aliento.".

Witte: "Pero si se alienta a los judíos… se los alienta a emigrar. Por ejemplo, con puntapiés en el trasero".

(Amos Elon, *Herzl*)

del canal de Panamá en un turbio escándalo que implicó en cohechos a algunos judíos. Tras las elecciones, tanto *La Croix* como *La Libre Parole* iniciaron una fuerte campaña para espolear el miedo a los *rojos*, reforzado por varios atentados anarquistas y por la sucesión de huelgas, atribuidas a intereses títeres de los judíos.

La crisis de la República permitió alimentar bajo un paraguas común un antisemitismo de procedencias diversas. Así, al fanático catolicismo que veía en los judíos a los descendientes de los asesinos de Cristo se uniría un antisemitismo económico, semejante al desarrollado en Alemania, que consideraba a los judíos, bien como parásitos que no contribuían en nada al progreso social, bien como usureros que crecían hurtando el capital que otros producían. Esta convergencia produjo, no sólo en Francia, un antisemitismo nacionalista que consideraba a los judíos como extranjeros.

Ahora bien, no fue fácil desarrollar una concepción xenófoba en torno a los judíos, porque éstos estaban presentes en toda Europa desde hacía varios siglos. ¿Cómo considerar extranjero a aquel que lleva viviendo más tiempo que tú en el mismo lugar? El sutil proceso incluye factores diferentes asentados en la confusión deliberada de elementos científicos, culturales y políticos. Aprovechando el racismo que de forma virulenta se desarrollaba en la época y que asumía la creencia de que todos los seres humanos pueden ser catalogados de acuerdo con ciertas jerarquías a partir de determinadas características biológicas inmutables, el antisemitismo europeo de los últimos treinta años del siglo XIX mezclaba lo biológico, lo cultural y lo religioso desde la convicción, tan bien explicada para el caso español por Julio Caro Baroja, de que las creencias e ideologías se transmitían genéticamente.

Dicha opinión se desarrollaba, además, en un momento de expansión de los nacionalismos que, en buena medida, promovieron la identificación de raza (determinada por la sangre) con otros aspectos culturales que en condiciones diferentes hubieran sido rechazados.

En medio de este auge nacionalista, aparecían los judíos subvirtiendo el fundamento mismo de la armonía entre naciones cual es que a cada pueblo le corresponde una nación. Pero los judíos se mantenían dentro de cada una de las existentes y de las que se estaban creando o disolviendo, sin aparente disposición para generar un Estado. Eran, por tanto, una amenaza al orden que se pretendía construir cual era la Europa de las naciones.

Es decir, el antisemitismo de finales del siglo XIX, y del que el Caso Dreyfus es sólo la punta del iceberg, no puede entenderse al margen de la pugna entre nacionalismos. No deja de ser significativo que en los mismos días en que Dreyfus fue condenado (diciembre de 1894), *La Libre Parole* proclamara sin rubor "¡Fuera de Francia, los judíos! ¡Francia para los franceses!".

Chivo expiatorio

La consideración de los judíos como pueblo apátrida, es decir, extranjeros en todas partes por ser ajenos a cualquier nación, es la base de este antisemitismo moderno porque permite aniquilar la incertidumbre de la crisis mediante la atribución de una causa indudable.

La crisis no sólo azotó a la Francia republicana o los nuevos estados alemán e italiano. Recién salida de una guerra contra los turcos, la decadente Rusia zarista, en la que las mejores plumas competían por exaltar a la patria herida mediante el desprecio a los judíos, va a promover una autocracia nacionalista asentada en una ortodoxia religiosa firmemente dirigida por Konstantin Pobedonostsev, procurador general del Santo Sínodo de la Iglesia Ortodoxa desde 1880, durante el reinado del nuevo zar Alejandro III.

Pobedonostsev había hallado una fácil solución a los problemas de Rusia: expulsión de un tercio de los judíos, conversión de un segundo tercio y aniquilación de los restantes. Con ello, el nacionalismo rusificante estaba legitimado para iniciar los pogromos que se generalizaron desde 1881 por todas las comunidades judías. A imagen de este nacionalismo excluyente, crecieron otros en el oriente de Europa. No se puede olvidar al respecto la liga antisemita fundada por el panrumanismo que llevó al exilio a los judíos de este país o el fanatismo católico polaco de efectos semejantes.

Alejandro III de Rusia. Durante su reinado hubo diversos proyectos para terminar con los judíos (*La Ilustración Española y Americana*).

En suma, la crisis sociopolítica de la Europa de fines del XIX permitió que numerosos grupos sociales, al margen de cual fuera su auténtica posición dentro del orden social, pudieran autoconcebirse como víctimas del sistema. El mecanismo puesto en marcha para solventar dicha crisis, la formación de naciones, encontró un escollo en la existencia de múltiples minorías judías a las que no era posible atribuir ninguna.

Estas minorías tenían la ventaja de no constituir grupos etéreos, pues eran fácilmente identificables, y además incluían minorías relativamente poderosas en su seno. Este elemento resultó fundamental para poder acudir a una memoria histórica de supuestos agravios, pues eliminó la posibilidad de compadecerse de quien sufría el ataque. A su vez, los ataques pasaron a ser autoconcebidos como defensa en un proceso de racionalización en el que simultáneamente se diluía la culpabilidad y se atribuía la ignominia al atacado. Así, las causas de la propia incapacidad, y sus negativas consecuencias, se proyectaron hacia un colectivo considerado históricamente perturbador del orden. El Caso Dreyfus fue la pantalla en la que ese orden, tan idealizado como caduco, pretendió exhibirse. ■

UN PROBLEMA PARA LA XENOFOBIA: ¿CÓMO LLAMAR EXTRANJERO A AQUEL QUE VIVE DESDE HACE MÁS TIEMPO QUE TÚ EN EL MISMO LUGAR?

Degradación pública de Dreyfus en el patio de la Escuela Militar de París, el 5 de enero de 1895 (portada de *Le Petit Journal*, 13-1-1895).

Un hogar para los judíos

EL SIONISMO

Conmovido por la injusticia cometida con Dreyfus y por la judeofobia que advertía en Francia y en el resto de Europa, Herzl escribió *Der Judenstaat*. **David Solar** recorre las formidables repercusiones de la obra que pusieron en marcha el sionismo y la creación del Estado de Israel

Había asistido en calidad de corresponsal a la degradación pública de Alfred Dreyfus, había visto arrancar las charreteras a un hombre pálido que exclamaba '¡Soy inocente!'. Y en aquel mismo instante se había convencido en lo más hondo de su conciencia, de que Dreyfus era inocente y que sólo era acusado de esta abominable sospecha por el hecho de ser judío", escribía Stefan Zweig refiriéndose a Theodor Herzl y a la percepción que tuvo del proceso del capitán Dreyfus. La injusticia presenciada cambió la vida de Herzl y le impulsó a escribir *Der Judenstaat*, *El Estado judío*, un pequeño libro de 86 páginas, que fue editado en Viena a finales de febrero de 1896.

Theodor Herzl, liberando de sus cadenas al pueblo judío, en una alegoría de la época en que escribía *Der Judenstaat* (postal, 1911).

Theodor Herzl era un periodista austro-húngaro, de origen judío, que asistió, como corresponsal del diario vienés *Neue Freie Presse*, al proceso del capitán Dreyfus. Herzl quedó conmocionado por la injusticia, la brutal degradación y las pasiones antijudías que se palpaban tanto en las sesiones del juicio como en gran parte de la sociedad francesa. En París escucharía al escritor Maurice Barrès: "Deduzco de su propia raza que Dreyfus es capaz de traicionar".

Theodor Herzl había nacido en 1860 en Budapest, capital de la Hungría que formaba parte del Imperio austro-húngaro. A los 18 años se trasladó a Viena, la capital política y cultural de Francisco José, donde estudió la carrera de Derecho. Según hagiógrafos, aprendió, también, lo que significaba ser judío cuando trató de ejercer como abogado. Sufrió tantos rechazos que, para ganarse la vida, recurrió a la literatura popular, escribiendo obrillas teatrales lacrimógenas y novelitas sensibleras, que le producían magros ingresos...

Un antisemita de salón

Aunque el Imperio –donde vivían cerca de dos millones de judíos y especialmente Viena, donde eran más de cien mil– estaba siendo sacudido por una ola de antisemitismo, ese ambiente no traumatizó a Herzl. Pertenecía a una familia millonaria venida a menos, pero lo que les quedaba y las viejas influencias le permitían una vida desahogada. "Siempre andaba soberbiamente vestido. Exhibía una barba abundante y negrísima, de tipo asirio y sus ojos negros relucían románticamente" (escribe el historiador Paul Johnson). Por entonces, Herzl anhelaba la asimilación total de los judíos y su mayor deseo era triunfar en el Burgtheatre de Viena. Como revancha a su origen y apariencia, presumía de lo contrario y solía hacer chistes antisemitas; desde Ostende escribía a sus padres: "Muchos judíos vieneses y de Budapest. El resto de los veraneantes, muy agradables". Desde Berlín: "Ayer, gran velada en casa de los Treitel. Treinta o cuarenta feos y pequeños judíos y judías. Ningún espectáculo que me consuele" (Paul Johnson, *La historia de los judíos*).

Casado en 1889, asegura la leyenda que pasó graves estrecheces. La realidad es que se unió a una rica heredera y que consiguió un trabajo distinguido gracias a las relaciones de su suegro: la corresponsalía en París del diario *Neue Freie Presse*. "En París tuve ocasión de aprender lo que el mundo entiende por política y al respecto he expuesto mis ideas en mi libro *Le Palais Bourbon*".

En esa primera época de París, aún practicaba un llamativo asimilacionismo. No sólo frecuentaba círculos literarios antisemitas, sino que era partidario de la

---

David Solar es autor de *Sin piedad, sin esperanza, palestinos e israelíes, la tragedia que no cesa.*

conversión de los judíos al cristianismo. Refiriéndose a su hijo Hans, escribe: "Me pregunto si tengo derecho a amargar y ensombrecer su vida como se ha visto amargada y ensombrecida la mía (...) Por eso es imprescindible bautizar a los niños judíos antes de que puedan oponerse y a que su conversión llegue a ser interpretada como un acto de debilidad por su parte. Debe desaparecer en la multitud" (citado por Paul Johnson).

Un converso iluminado

Sería, también, en París donde abandonaría el asimilacionismo y se convertiría al judaísmo militante. La ocasión se la proporcionó el proceso del capitán Dreyfus, el acontecimiento judicial, político y social de mayor resonancia y calado de la época. El escandaloso juicio le inspiró una obra de extraordinaria trascendencia y a través de ella se reveló como profeta del retorno a Sión. "El Mesías ha llegado. Es un hombre alto y apuesto, un hombre culto de Viena, nada menos que doctor", escuchó comentar a su familia David Ben Gurion.

El propio Herzl se sentía como transportado: "Durante los dos últimos meses de estancia en la capital francesa escribí mi libro, *Der Judenstaat.* No recuerdo haber escrito jamás en un estado de exaltación semejante al que conocí cuando compuse esta obra. Heine decía que él oía el batir de alas de águilas cuando escribía ciertos versos. También yo lo oí escribiendo este libro".

Der Judenstaat se nutría del nacionalismo en boga y era original, aunque utilizaba ideas anteriores sobre el retorno a la "Tierra Prometida". Varias de las consideraciones y recetas de Herzl podían encontrarse en *La autoemancipación; llamamiento de un judío a sus hermanos*, publicada quince años antes por el médico ruso Leo Pinsker, que durante mucho tiempo había luchado por la plena integración de los judíos en los países donde estuvieran afincados. Pinsker cambió de ideas tras las persecuciones sufridas por los judíos en Rusia durante la segunda mitad del siglo XIX y en su obra proclamaba la necesidad de tener un Estado propio porque "los judíos desempeñan el papel de invitados en los pueblos extranjeros; invitados que carecen de medios para devolver la invitación, puesto que no tienen un territorio propio... por lo que terminan siendo molestos y, al final, perseguidos".

Herzl hacía un llamamiento directo y

Theodor Herzl, el nuevo Moisés. Así le vieron alguno de sus contemporáneos. El filósofo Rosenzweig dijo: "Su cara demostraba que Moisés era una persona real" (por Enrique Ortega).

sencillo a los judíos: "Somos un pueblo; repito, un pueblo. En todos los lugares hemos luchado honradamente por integrarnos en las comunidades que nos rodean conservando tan sólo nuestra fe. No se nos ha permitido. Inútilmente nos empeñamos por incrementar la grandeza de nuestras patrias mediante distinguidas aportaciones al arte y la ciencia; o de aumentar su riqueza con nuestras contribuciones al mundo del comercio. (De nada ha servido, pues) se nos señala como extranjeros".

Der Judenstaat abordaba la situación del pueblo judío, el antisemitismo, la necesidad de la emancipación y la fundación de un Estado judío, donde los hijos de Israel se sintieran seguros y no sufrieran las discriminaciones y persecuciones tan frecuentes aún en la Europa de las postrimerías del siglo XIX, como proclamaban no sólo los pogromos del atrasado Imperio ruso, sino casos como el de Dreyfus, que conmovían al mundo más avanzado. Y ese Estado debía hallarse en Palestina, "donde la vegetación es tan pobre hoy, han brotado ideas que han dado vuelta a la Humanidad y por ello nadie puede negar la existencia de lazos imprescriptibles entre esa tierra y nuestro pueblo".

La idea de este retorno no era espiritual, como otras anteriores, sino política, ya que proponía la creación de un Estado erigido sobre bases políticas, "de interés no sólo para los judíos, sino también para la comunidad internacional".

Los congresos de Basilea

Pero quizás lo más notable de la obra era su entusiasmo, pasión y capacidad de convicción. Eso suscitó que sus repercusiones fueran fulminantes –"cayeron como un rayo en cielo sereno", escribiría Caín Weizmann, uno de los adalidades del sionismo– y, que muchas de ellas resultaran contraproducentes para las esperanzas de Herzl. En Rusia *Der Judenstaat* fue acogido con hostilidad, pues se creyó que trataba de oponerse a Pinsker. Los judíos bávaros rechazaron la celebración del primer Congreso sionista en Munich pues "eran buenos alemanes y querían seguir siéndolo". El dinero judío tampoco fue receptivo: los Rothschild, Montefiore, Visotski o Hirsch, con los que contaba para financiar su proyecto, le cerraron sus caudales, tanto porque habían puesto en marcha sus propias ideas para establecer colonias judías en zonas más ricas que Palestina, como porque el sionismo tenía una pasión revolucionaria que chocaba con sus esquemas conservadores.

> NADIE PUEDE NEGAR LA EXISTENCIA DE LAZOS IMPRESCRIPTIBLES ENTRE ESA TIERRA –PALESTINA– Y NUESTRO PUEBLO

Por fin, el 29 de agosto de 1897 se reunió en Basilea el I Congreso Sionista, con la asistencia de un centenar de delegados de comunidades judías. La limitada representación fue compensada por la recepción de millares de telegramas, cartas y firmas de apoyo de jóvenes que habían leído *Der Judenstaat* y estaban entusiasmados con sus propuestas.

Lo aprobado en Basilea fue el corolario del libro: "El sionismo aspira a crear en Palestina un hogar garantizado por el Derecho Público para el pueblo judío". Herzl anotó: "En Basilea he fundado el Estado judío. Si hoy dijera esto en voz alta, me respondería una carcajada universal. Pero en cinco años y, con seguridad, en cincuenta, todo el mundo lo conocerá".

El sionismo despertó tantas ilusiones que, dos meses después, Herzl dispuso de fondos para editar un modesto periódico, *Die Welt* (*El Mundo*), y del apoyo suficiente para convocar el II Congreso Sionista, en agosto de 1898, que reunió doble número de delegados. Allí se decidió la creación de un banco sionista, que debía ser la entidad que financiara el sionismo y sus proyectos. El capital que los delegados decidieron reunir fue de dos millones de libras, pero sólo se consiguieron 250.000, por suscripción popular entre los sionistas, pues los judíos ricos rehusaron participar en la aventura.

Pero el sionismo avanzaba. El V Congreso (1901) decidió ampliar los recursos económicos del sionismo con la creación del Fondo Nacional Judío, destinado específicamente a la compra de tierras en Palestina. Una solución transitoria, pues sólo se contemplaba para establecer las colonias pioneras. Herzl, en 1895, escribía: "Debemos expropiarles amistosamente. La expropiación y expulsión de los pobres debe realizarse con prudencia y secreto".

Aunque más rápido que los precedentes movimientos del retorno, el sionismo avanzaba a costa de graves controversias. Como el movimiento no podía permitirse marginar o abandonar a nadie, Herzl hubo de hacer malabarismos para conseguir y conjugar las simpatías de los ortodoxos, que reprochaban a los sionistas su falta de mesianismo; y de los socialis-

DER

JUDENSTAAT.

VERSUCH

EINER

MODERNEN LÖSUNG DER JUDENFRAGE

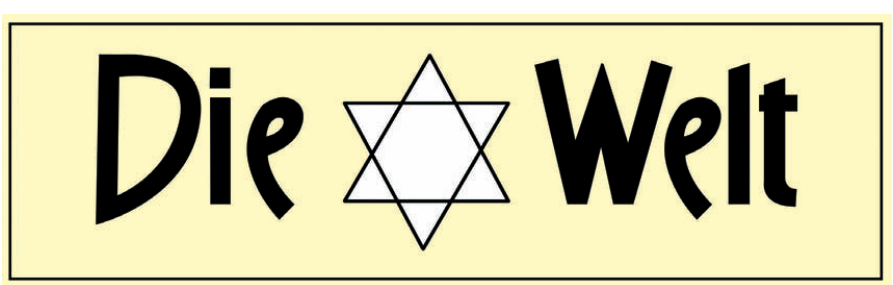
VON

THEODOR HERZL

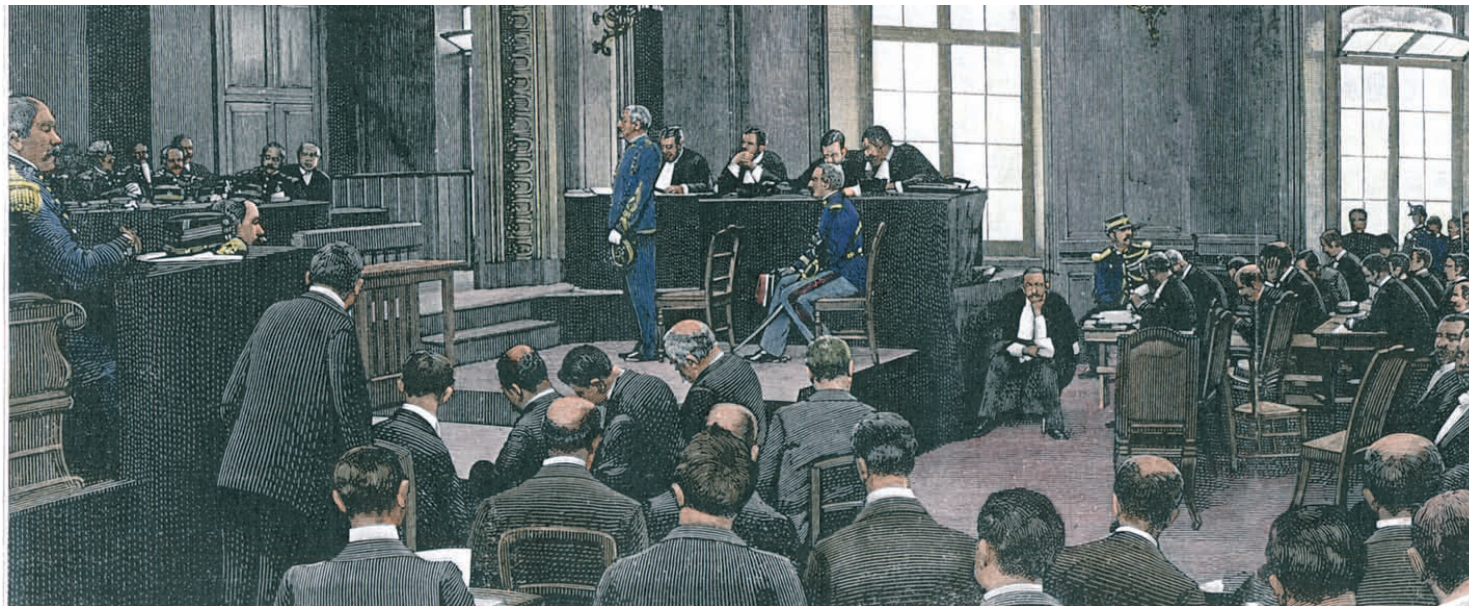
DOCTOR DER RECHTE.

LEIPZIG und WIEN 1896.
M. BREITENSTEIN'S VERLAGS-BUCHHANDLUNG
WIEN, IX., WÄHRINGERSTRASSE 5.

Portada de la primera edición de *Der Judenstaat*, editado en Viena, en 1896, por Theodor Herzl, doctor en Derecho.



Cabecera del diario *Die Welt*, fundado por Herzl tras el primer Congreso Sionista de Basilea, en el verano de 1897.



tas del Bund (rusos, polacos y lituanos) hostiles a la tradición, al mantenimiento a ultranza de la lengua hebraica y religiosamente indiferentes. Herzl contaba con los primeros para atraerse a la mayoría de las comunidades y necesitaba a los segundos como fuerza de choque, pero no podía ceder a las pretensiones de éstos para no romper con aquellos, pues eran imprescindibles para construir el hebreo moderno, un aglutinante del pueblo judío en Palestina.

Estas luchas no solamente consumieron las energías, el tiempo y la salud de Herzl – cardiópata crónico–, sino que dificultaron sus negociaciones políticas: la importancia de los socialistas dentro del sionismo y los fuertes debates internos privaron al movimiento del apoyo de muchos gobiernos, que veían en él un nido de peligrosos revolucionarios.

El hogar judío

Para instalar el hogar judío en Palestina se precisaba el apoyo del emperador otomano, Abdul Hamid. Herzl logró interesar en la cuestión al káiser Guillermo II, quien le consiguió una entrevista. Abdul Hamid mostró simpatías por la colonización agrícola de Palestina y se mostró interesado en la cooperación económica, pero, intuyendo los problemas que suscitaría, se negó a conceder el permiso para que se fundara allí un hogar judío.

Después abrió negociaciones en Londres, tratando que el Imperio británico les permitiera establecer una colonia en Wadi el Arish, en el Sinaí, con el propósito de iniciar desde allí un "segundo Éxo-

Una polémica de altura

En una polémica entablada en la primavera de 2002 a propósito de la comparación de José Saramago de lo que está ocurriendo en Palestina con el campo de exterminio nazi de Auschwitz, intervinieron numerosos intelectuales con aportaciones, a veces poco precisas, que vienen a cuento al exponer el nacimiento del sionismo. El profesor Reyes Mate, en su artículo *La singularidad de Auschwitz* (*El País*, 22-5-2002) comete una inexactitud cuando escribe: "Ni siquiera el sionismo nace pensando en Palestina, sino como defensa del antisemitismo europeo". El sionismo nació pensando en Palestina, así aparece en la obra de Herzl y en los congresos fundacionales del sionismo, y de ahí su nombre. Los intentos de buscar otros lugares fueron mayoritariamente rechazados y, a partir del Séptimo Congreso sionista, los Sionistas de Sión se impusieron definitivamente. El filósofo añade: "El Estado de Israel es, como bien reconoce Amos Oz, la solución extrema al derecho de un pueblo a vivir...". La frase no parece muy afortunada porque la supervivencia de un pueblo no debe hacerse a costa de otro. Si el único propósito hubiese sido la supervivencia, el Estado de Israel se hubiera podido fundar en Kenia, propuesta rechazada por VI Congreso Sionista.

Terciaba también en la polémica la escritora norteamericana Barbara Probs Solomon con su *Réplica a Saramago* (*El País*, 1-5-2002). En ella recogía un párrafo del escritor judío Joseph Roth, su lejano pariente: "El judío tiene derecho sobre Palestina, no porque en otro tiempo procediera de allí, sino porque ningún otro país está dispuesto a acogerle...". Roth no parece bien informado pues sí hubo otras tierras que estuvieron dispuestas a "acogerle". Barbara Probst justificaba, con un pensamiento colonialista, la invitación británica y se equivocaba al hablar de "acogida" voluntaria. El informe de la comisión norteamericana King-Crane, enviada a Palestina por el presidente Wilson en 1919, fue concluyente: el 72% de los encuestados era contrario al establecimiento allí de un hogar judío. Dos representantes británicos en Palestina a comienzos de los años veinte, los generales Clayton y Bols, emitieron sendos informes al respecto: según el primero "el antisemitismo que hay en la zona va en aumento y por mucha propaganda que se haga solicitando tranquilidad a los árabes, los esfuerzos están condenados al fracaso"; el segundo concretaba: "El 90% de los habitantes de Palestina es rotundamente antisionista". No hubo acogida, sino imposición.

Izquierda, **revisión del juicio de Dreyfus en 1899**. Aunque era pública su inocencia, el tribunal militar volvió a declararle culpable (*La Ilustración Española y Americana*).

do". Pero lord Cromer, gobernador de Egipto, se opuso, considerándolo políticamente negativo para los intereses británicos y estratégicamente perjudicial para la protección del canal de Suez.

La desesperanza comenzaba a apoderarse de Theodor Herzl, que en el VI Congreso (Basilea, 28 de agosto de 1903) propuso el establecimiento del hogar judío en Kenia (por error, se habló de Uganda), una tierra poco poblada, fértil y hermosa que el Imperio británico estaba dispuesto a ceder al pueblo judío. Herzl defendió su propuesta como solución provisional –el sionista Max Nordau la calificó de "una casita para pasar la noche"– que ofrecía un refugio a los perseguidos en Rusia y el primer reconocimiento internacional de la existencia política de una nación judía.

La propuesta produjo una enorme consternación. Muchos, desesperados, abandonaron la sala. Un delegado escribió: "Era conmovedor ver el abatimiento de aquellas gentes que acababan de escapar a los sangrientos pogromos de Rusia y que ahora lloraban sobre las ruinas de un lejano ideal, Sión".

Algunos pensaron que aquél era el final del sionismo. La propuesta fue rechazada y el Congreso se salvó gracias a un compromiso: la creación de una Comisión Investigadora, aprobada por 295 delegados, contra 178 y 100 abstenciones.

A raíz de esta propuesta nació el movimiento de los Zionei Zion (Sionistas de Sión), cuyo objetivo era rechazar el proyecto Kenia y cualquier otro que propusiera un hogar judío diferente a Palestina, la Tierra Prometida. Pero Herzl jamás volvió a hablar del asunto y Londres, por su lado, retiró la oferta.

Un Papa cachazudo

El postrer intento de lograr la aceptación internacional para el hogar judío lo hizo Herzl ante Pío X, al que solicitó la publicación de una encíclica que resaltara las penalidades infligidas al pueblo judío, su derecho a tener un Estado y el apoyo del Vaticano al sionismo. De aquella visita, del 25 de enero de 1904, festividad de la conversión de san Pablo, quedan algunos recuerdos. Comenzó mal, porque Herzl se salió del protocolo y en vez de besarle el anillo al Papa, le estrechó la mano; eso le intranquilizó, hasta que observó la sencillez del pontífice, que le ofreció su cajita de rape, de la que tomaba pizcas para estornudar ruidosamente sobre un gran pañuelo de algodón rojo. Herzl reflejó en sus *Diarios* que Pío X le pareció "un honrado y tosco cura de pueblo. Sus detalles campesinos son lo que más me ha agradado de él y lo que mayor respeto me inspira".

Por lo demás, salió del Vaticano con las manos vacías. Pío X sentía mayor simpa-

Abajo, **el sultán otomano Abdul Hamid y el káiser alemán Guillermo II**. Ambos trataron amablemente a Herzl, pero no solucionaron el asentamiento de los judíos en Palestina.

tía hacia los judíos que sus predecesores, pero por encima de ella estaba la política oficial de la Iglesia: "No podemos impedir que los judíos vayan a Jerusalén, pero nunca los apoyaremos (...). Los judíos no han reconocido a nuestro señor, de modo que nosotros no podemos reconocer al pueblo judío (...). La fe judía fue la base de nuestra fe, pero las enseñanzas de Cristo la han sustituido y no podemos aceptar que todavía goce de validez".

Ante la pregunta de Herzl sobre si conocía la situación de los judíos, Pío X replicó que había tenido relaciones con la comunidad judía de Mantua y mantenía contactos frecuentes con amigos judíos. "Además de la religión existen otros vínculos. Por ejemplo, las relaciones sociales y la filantropía. Y también oramos por ellos para que su espíritu vea la luz. Hoy celebramos la festividad de la conversión de un descreído que, de forma milagrosa halló la fe en el camino de Damasco. Por

Pío X. Herzl acudió a él en busca de apoyo, pero el Papa le mostró su desacuerdo con el establecimiento judío en Palestina.

tanto, si va a Palestina y establece allí a su gente, les estaremos esperando con iglesias y sacerdotes para bautizarles a todos" (citado, David Kertzer).

Medio año después de esa entrevista, el 3 de julio de 1904, Theodor Herzl fallecía cuando sólo contaba 44 años. En su entierro se leyó el juramento pronunciado por él en el último Congreso Sionista que presidió: "¡Si te olvido, Jerusalén, que mi diestra me olvide!". Pero ya maduraban los primeros frutos de su obra: unos 70.000 colonos judíos se habían afincado y trabajaban en Palestina y antes de que terminara la primera década del siglo sobrepasarían los cien mil.

Israel venera la figura de fundador del sionismo: el 14 de mayo de 1948, David Ben Gurion leyó la Declaración de Independencia bajo un retrato de Herzl. Al año siguiente, sus restos fueron sepultados en una colina de Jerusalén Oeste, bautizada Monte Herzl. En los años cincuenta, junto a su mausoleo, se instaló un cementerio para sepultar a los padres de la patria y a los soldados que cayeran en combate. También se dio su nombre a una de las nuevas ciudades de Israel, Herzliya, hoy un suburbio de Tel Aviv.

Un programa colonial

Herzl escribía a Cecil Rhodes: "Mi programa es un programa colonial". Estaba claro: pretendía que Turquía le hiciera una concesión en Palestina; solicitó lo mismo a Gran Bretaña en el Sinaí y consideró la posibilidad de asentarse en Kenia. Tras su muerte, el Movimiento Territorialista estudió la posibilidad de establecer el hogar judío en Cirenaica e, incluso, en Angola.

Aún en el apogeo del colonialismo, hubo judíos que rechazaron el sionismo porque originaría problemas, pues Palestina no era un territorio vacío. En 1897, la comunidad judía de Viena envió a Palestina una comisión investigadora para que comprobara la viabilidad de los proyectos de Herzl y, poco después, les llegó este telegrama: "La novia es hermosa, pero ya está casada".

El escritor ruso Asher Ginzberg (o Guinzburg), considerado líder del sionismo espiritual, visitó Palestina en 1891 y escribió: "En el extranjero solemos creer que la tierra de Israel es hoy casi totalmente desértica, árida e inculta y que quien quiera comprar terrenos en ella puede hacerlo sin trabas. Pero (...) es difícil encontrar campos cultivables que no estén ya cultivados. Pensamos que los árabes son unos salvajes del desierto, un pueblo que se asemeja a los asnos, pero eso es un gran error. El árabe, como todos los hijos de Sem, tiene una inteligencia aguda y astuta. Si un día la vida de nuestro pueblo se desarrollara en el país de Israel hasta el punto de desplazar, aunque sólo fuese un poco, al pueblo del país, éste no cederá su lugar fácilmente".

Según el historiador israelí Avi Shlaim "el movimiento sionista desarrolló dos características fundamentales en su historia: no reconocer la identidad Palestina y buscar una alianza con alguna potencia exterior a Oriente Próximo. Ignorar a los palestinos fue la tónica de la política sionista desde el primer congreso. La intención implícita de Herzl y sus sucesores era que el movimiento sionista alcanzara su objetivo a través de una alianza con la potencia dominante del momento y no mediante un entendimiento con los palestinos" (*El muro de hierro*).

El éxito del sionismo se explica dentro del contexto colonialista: lo mismo que hoy sería impensable la pretensión de Herzl, también sería imposible la concesión de territorios. El Acuerdo Sykes-Picot, de 1916, que repartía entre Gran Bretaña y Francia regiones del Imperio Otomano, Palestina entre ellas, era un hecho colonial. La carta del ministro Balfour al banquero Rothschild, 1917, en la que se le prometía un hogar para el pueblo judío en Palestina, era una concesión colonial.

Y el sionismo revistió, también, formas de imperialismo. Herzl escribía en *Der Judenstaat*: "Si el Sultán otomano nos concediera Palestina, podríamos ofrecerle como contrapartida el reordenamiento de todo el sistema financiero turco. Construiríamos allí un centro de civilización frente a la barbarie". Más explícito aún, Max Nordau decía en el séptimo Congreso Sionista: "... Turquía estará interesada en contar en Palestina y en Siria con un pueblo fuerte y bien organizado que (...) se oponga a todos los ataques contra la autoridad del Sultán y defienda con todas sus energías esta autoridad".

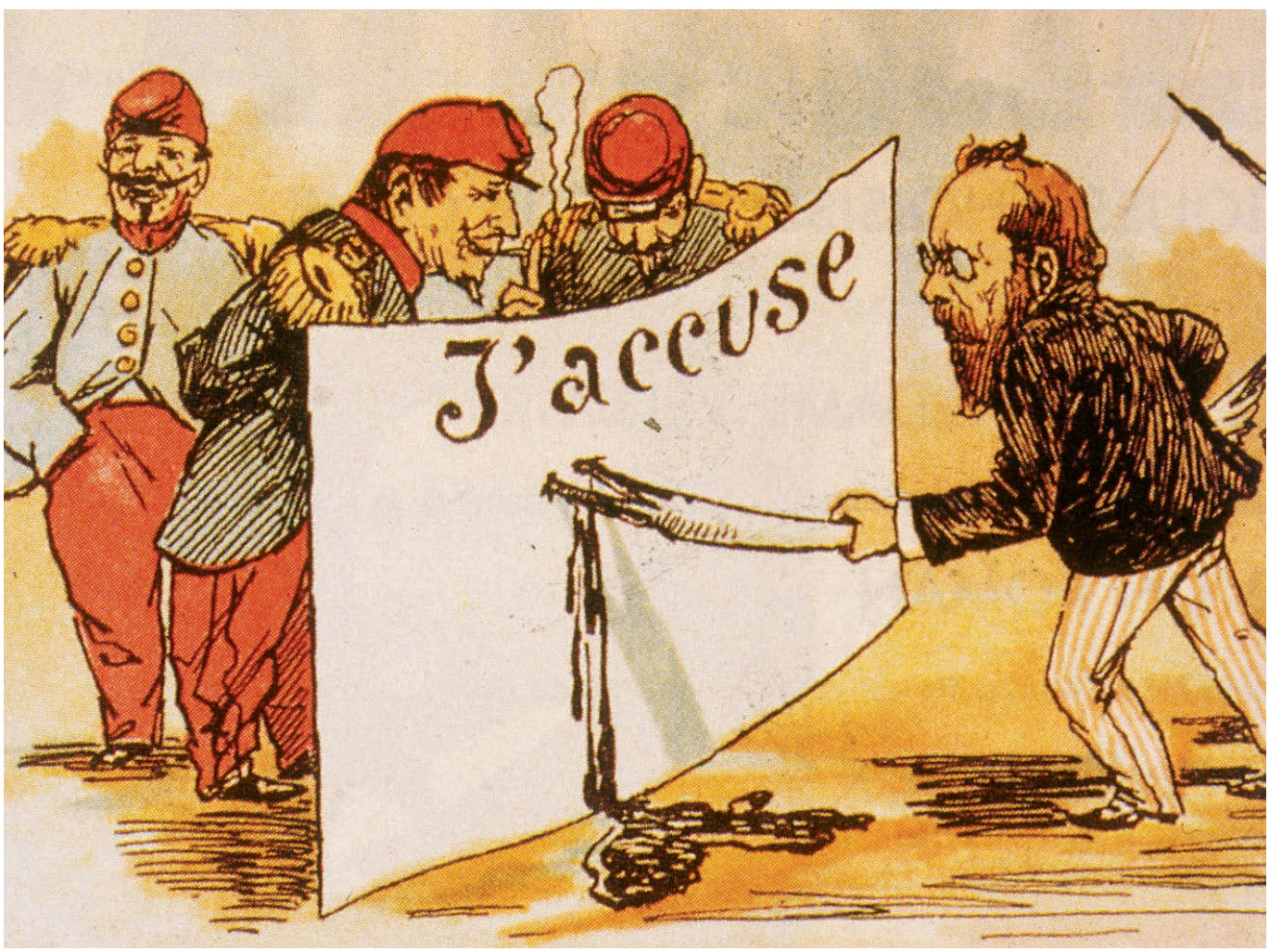
En ese sentido incide el historiador Avi Shlaim: "Herzl al sultán le prometió capital judío; al káiser le insinuó que el territorio judío podía ser una avanzadilla de Berlín y a Chamberlain le ofreció la posibilidad de convertirse en una colonia del Imperio británico" (*El muro de hierro*).

Chaim Weizmann escribía al director del *Manchester Guardian*: "... Podríamos establecer allí, en un período de veinte a treinta años, un millón de judíos o más; desarrollarían el país, lo llevarían a la civilización y constituirían una eficaz salvaguardia del canal de Suez".

El nacimiento de los intelectuales

EN LUCHA

El caso Dreyfus marca un hito en la historia social e intelectual de Europa, pues originó la primera revolución incruenta. **Javier Redondo** describe las líneas maestras que configuraron los dos bandos, dreyfusistas y antidreyfusistas, y la creación del concepto de intelectual, acuñado entonces



El efecto del manifiesto de Zola *"Yo acuso":* la pluma manejada como una lanza hace sangre en el estamento militar, responsable de la injusticia.

Alfred Dreyfus saluda a sus abogados Demange y Labori, cuya defensa puso al descubierto en el proceso de Rennes, verano de 1899, la conspiración militar contra el capitán judío.

El Caso Dreyfus enfrenta a Francia contra todos sus demonios, los que hereda del siglo XIX y los que engendraría el XX. En torno a esta intriga novelesca que se prolongaría varios años se forja la política francesa del pasado inmediato y del futuro inminente. Nada sería igual después de que el *affaire* partiera en dos mitades transversales a la sociedad francesa. Principalmente porque marca un hito en la historia social e intelectual de Europa, ya que tiene lugar la primera revolución incruenta. El Estado pierde, la opinión del pueblo gana.

Javier Redondo es profesor de Ciencia Política, U. Carlos III, Madrid

Sin embargo, la verdad pública no hubiera tenido ni la más mínima posibilidad de imponerse sobre la verdad oficial de no haber sido por la intervención decidida de aquellos hombres de letras, esos ilustrados que por entonces empezaron a ser llamados intelectuales. Y estos, a su vez, tuvieron la oportunidad de librar la batalla dialéctica y echarle un pulso al poder establecido gracias a las garantías constitucionales que ofreció la III República: las libertades de prensa, opinión, manifestación y reunión permitieron que la opinión pública saliera de los salones de palacio y de los clubes selectos y se extendiese a gran parte de la sociedad. El Caso *Dreyfus* alumbra pues el nacimiento del cuarto poder. La prensa es capaz de poner al Estado contra las cuerdas.

Los periódicos, que habían comenzado a distribuirse masivamente (hablamos de tiradas astronómicas para la época, que oscilan entre los 50.000 y los 500.000 ejemplares) pusieron a los escritores y pensadores al cabo de la calle, sirvieron como altavoz para despertar la conciencia de la gente. Todos los conflictos latentes que azotaban a una sociedad sumida en el pesimismo desde que naciera débil y amenazada la III República –tanto por la traumática derrota frente a las huestes del canciller Bismarck al poco de instaurarse, como por la Comuna de París– se aglutinaron en torno a la defensa o repudio del capitán judío acusado de alta traición, de espionaje y de servir a la pérfida Prusia. En aquel ambiente de decadencia existencial no podía concebirse delito mayor que ponerse del lado del principal enemigo.

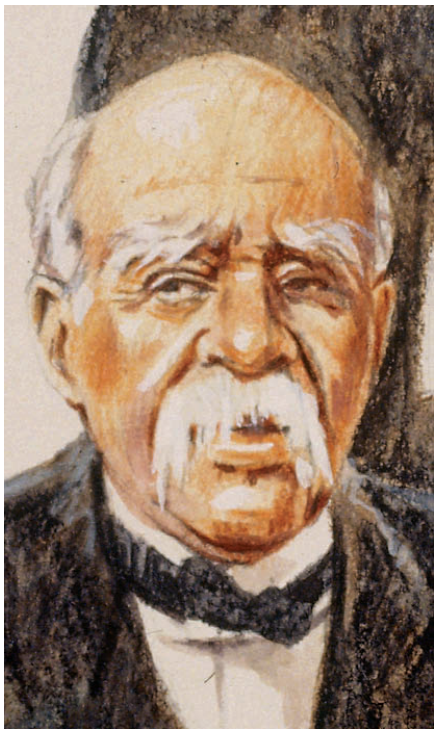
Por tal motivo, los antidreyfusistas convierten el asunto en una cuestión de Estado. Anhelan la reconstrucción de la maltrecha patria. Y no hay tal grandeza sin un Ejército vigoroso, cancerbero de las esencias de la nación.

Nacionalismo y regeneración

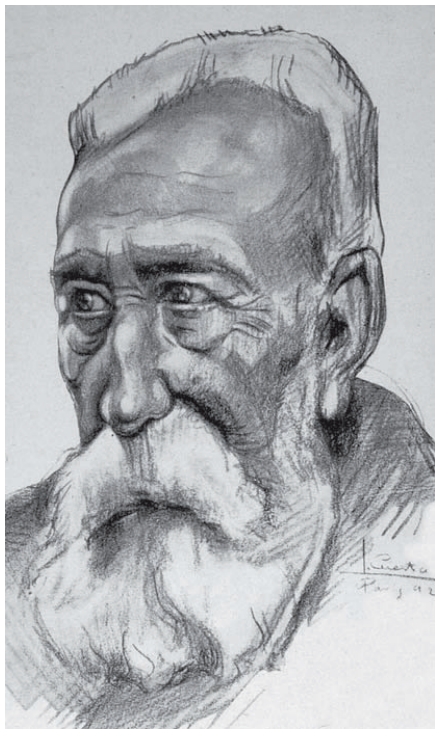
Cuando los defensores del oficial Dreyfus se empeñan en poner en entredicho al estamento militar, lo que realmente están haciendo es embestir contra Francia, algo inadmisible en pleno auge del nacionalismo en toda Europa, precisamente en el momento en que la nación trata de recuperar el honor que se fue con Alsacia y Lorena tras la guerra franco-prusiana. Por su parte, los dreyfusistas buscan la regeneración nacional a través de la justicia frente a un Estado obsoleto o, al menos, enclenque. Anteponen la verdad a la maquiavélica razón de Estado. Y, sobre todo, consiguen sacar de los cuarteles el juicio para someter el caso a veredicto público.

Ese es exactamente el papel de los intelectuales. Cuando el 13 de enero de 1898 Émile Zola –que ya se había manifestado públicamente en las páginas de *Le Figaro* en defensa del oficial judío– publica en *L'Aurore* su famoso "Yo acuso", el Estado se muestra ya incapaz de monopolizar el proceso. No puede permanecer ajeno a la influencia de los escritores ni contener la presión de la calle. Estos se vuelven agitadores en cuanto in-

Émile Zola, el gran escritor naturalista, fue la pluma más decidida entre los defensores de Dreyfus. El "Yo acuso" le costó el exilio.



Georges Clemenceau, periodista, polemista, político, diputado... fue un distinguido dreyfusista desde su tribuna de *L'Aurore.*



Anatole France, dedicó al *affaire* el último tomo de su *Historia Contemporánea,* "Monsieur Bergueret en París" (por Cueto, *La Esfera*).

conformistas y contribuyen y, generando un clima de opinión, propician el cambio de rumbo político.

Tras el maremoto Zola, los intelectuales se sitúan en la vanguardia de la sociedad. Toman partido no para interpretar la realidad política de manera genérica, sino para transformarla enfrentándose a situaciones concretas. Pero no sólo desde las tribunas parlamentarias sino principalmente y en primer término desde las tribunas de prensa. Los intelectuales se agrupan y comparten una determinada visión del mundo basada en la justicia, en la equidad, en la solidaridad. La firma del *Manifiesto de los intelectuales* en 1898 constituye la presentación en sociedad del concepto "intelectual".

La firma del *Manifiesto de los intelectuales,* en 1898, constituye la presentación en sociedad del concepto "intelectual"

No obstante, intelectuales los hubo a ambos lados del capitán Dreyfus. Si bien no sería exacto explicar la división de la sociedad francesa a partir de un reduccionismo plano que ubicaría a un lado a los católicos, conservadores, nacionalistas y antisemitas, y al otro a la izquierda, socialistas, radicales y judíos, lo cierto es que los bandos se perfilaron en torno, básicamente, a estos parámetros. Cada uno de ellos tenía como referencia unas determinadas publicaciones.

Le Journal y *La Petite Republique* –como *Le Figaro* (conservador) o *L'Aurore*– constituyen los órganos de agitación del dreyfusismo. Los socialistas Léon Blum, el marxista Jules Guesde o los mismísimos Clemenceau y Zola son sus nombres más destacados. Sin embargo, el primer texto que alzó la voz por la inocencia de Dreyfus fue publicado en Bélgica el 6 de noviembre de 1896 (aunque había sido escrito un año antes). Su título, "Un error judicial: la verdad sobre el asunto Dreyfus". Y su autor, claro está, no fue ni un político ni un letrado, sino un brillante crítico literario: Bernard Lazare. Luego vinieron más artículos, ensayos, libelos, novelas, poemas –los de Péguy, republicano católico– conferencias –como las de Jean Jaurès, uno de los más activos dreyfusistas- y hasta exposiciones pictóricas, como la de Édouard Debat-Ponsan, titulada *Verdad*.

Por último, el historiador Anatole France dedicaría el último de los cuatro tomos de su *Historia Contemporánea*, el que lleva por título "Monsieur Bergeret en París", íntegramente al Caso Dreyfus. Toda una artillería de palabras puestas al servicio de una causa justa. Porque para todos ellos estaba más que probado que la conspiración estaba urdida para condenar a un inocente sólo por el hecho de ser judío. Así lo entendió también algún anarquista, como Sébastien Faure, y el antimilitarista Urbain Gohier.

Ansia patriótica

Frente a esta gran ofensiva, los antidreyfusistas, que pierden argumentos por arrobas a medida que se van conociendo nuevos hechos del proceso, se sitúan en el terreno de los sentimientos patrióticos, de la defensa de la estabilidad institucional y de la salvaguardia de las tradiciones. No faltan socialistas que creen en la culpabilidad del capitán. Es el caso de Lucien Herr. Tampoco liberales, como Ludovic Trarieux, lo cual demuestra que este bando, al menos en sus orígenes, es mucho más heterogéneo. Encontramos a monárquicos que firman

Ecos del *affaire*: Hannah Arendt y Raymond Aron

Todo se resolvió a favor del capitán Alfred Dreyfus en julio de 1906. Fue readmitido en el Ejército y llegó a ocupar la cartera de Defensa en el Gobierno de Clemenceau. Pero los ecos del caso no se apagaron entonces. Se prolongaron durante bastante tiempo. Los intelectuales del siglo XX seguían recurriendo a él para explicar las patologías de una sociedad que hubo de purgar con dos guerras mundiales sus desatinos crecientes. Para Kafka, el precipicio estaba tan cerca en 1914 que resumió así el comienzo de la contienda: "Hoy ha empezado la guerra, luego me he ido a nadar".

Por eso resulta interesante acudir a dos eminentes pensadores de la segunda mitad del siglo pasado para comprobar hasta qué punto tiene trascendencia un caso sólo en apariencia particular. Los dos, tanto el francés Raymond Aron como la alemana Hannah Arendt, nacieron justo cuando el suceso se resolvía (él, en 1905; ella, en 1906). Arendt trata el asunto en su obra *Los orígenes del totalitarismo* (1951), y Aron critica la actitud de los intelectuales en *El opio de los intelectuales* (1955). La filósofa alemana cree que la caída de la III República obedece, en gran parte, a que no quedaban dreyfusistas, es decir, prohombres comprometidos con la justicia, la democracia y la libertad. De este modo, el fascismo y el antisemitismo avanzaron sin mayor resistencia. Sobre todo el antisemitismo, sentimiento fuertemente arraigado en la sociedad francesa de ese tiempo. El odio a los judíos lo impregna todo y subsume al conflicto de clase o al fervor patriótico. El *affaire* Dreyfus es, por tanto, la primera y más evidente prueba de que la sociedad centroeuropea estaba enferma, de que lo peor estaba por llegar.

Por su parte, Aron cree que todos los conflictos adquieren un carácter ideológico, y el Caso Dreyfus no iba a ser menos. Por tanto, la alineación de los intelectuales en torno a las concepciones clásicas, derecha e izquierda (orden y progreso), impide que cumplan con la función que realmente deberían asumir: la observancia independiente, que les inhabilitaría para ejercer como forjadores de opinión, dado que el "intelectual comprometido" acaba sirviendo a la causa de la dictadura. Al final todos los conflictos se polarizan y cada bloque se torna impermeable, no transpira. La razón deja paso a la ideología y la división sobrevive en el tiempo, dado que los casos de controversia se suceden. Así, la izquierda se reclama heredera de la revolución y la derecha, de la tradición desde 1789. Es decir, puede que si no hubiera existido un Caso Dreyfus habría que haberlo inventado, o puesto cualquier otro en su lugar para que sirviera, en ese determinado momento, como eje de fragmentación social, como causa de enfrentamiento.

Javier Redondo

Raymond Aron critica la polarización de los intelectuales respecto al Caso Dreyfus en *El opio de los intelectuales*, 1955.

Dreyfus, ya rehabilitado, conversa feliz con dos de los militares que le habían defendido, el general Guillain y el comandante Targe.

El 21 de julio de 1906, Alfred Dreyfus, ya rehabilitado y con el grado de comandante, abandona la Escuela Militar de París, en la que, once años antes había sido degradado públicamente.

en *Gaulois,* católicos en *La Croix*, viejos conservadores en *L'Intransigeant* y republicanos del Gobierno en *La Presse*. A ninguno de ellos les mueve el afán justiciero, sino el ansia patriótica. Pero cuando su razón se debilita progresivamente, los antidreyfusistas toman tres caminos –que pueden confluir–. O bien renuncian a su posición de partida, o recalcan que lo que está en juego, revisando la cosa juzgada, es el orden social o arremeten contra los intelectuales partidarios del capitán. El término "intelectual" es usado de forma peyorativa y los intelectuales son ridiculizados.

¿Dónde están los intelectuales?

Los críticos e historiadores literarios Ferdinand Brunetière o René Doumic retoman los argumentos de uno de los más populares antidreyfusistas, Maurice Barrés, al subrayar la incompetencia de los intelectuales. El pensador nacionalista definiría así al intelectual: "Individuo que se convence de que la sociedad debe fundarse sobre la lógica y desconoce que ésta reposa sobre sus necesidades anteriores, que pueden ser extrañas a la razón individual". Traducido al román paladino: los defensores de Dreyfus son enemigos del Ejército, anarquistas, socialistas anticlericales. No les mueve su deseo de hacer justicia, sino su propia ideología. En este sentido, Doumic publicaría en un artículo en la *Revista de los Dos Mundos*: "¿Dónde están los intelectuales?", en el que apela a una inteligencia sana, no contaminada por las ideas.

En definitiva, en el marco de una sociedad rota, totalmente dividida, las causas de cada cual se transforman en auténticos movimientos políticos, en partidos. Por un lado, La Liga para la Defensa de los Derechos del Hombre y del Ciudadano; por otro, La Liga de la Defensa de la Patria Francesa, liderada por Barrés. Todavía Charles Maurras, auténtica figura del nacionalismo conservador, era joven, lo que no le impidió desmarcarse del proyecto de Barrés para fundar Acción Francesa, partido de marcado carácter antiparlamentario y monárquico.

Se abre así el siglo XX. Con todas sus tensiones intrínsecas que propiciarían la crisis del parlamentarismo, amenazado desde la izquierda –por los socialistas–, y la derecha –por los ultranacionalistas–. El Caso Dreyfus, que traspasa fronteras (no en vano, algunos intelectuales españoles tampoco permanecerían ajenos al proceso, entre ellos, Azaña), muestra también todas las llagas abiertas en una sociedad en la que late un sustrato antisemita y que trata, por un lado, de liberarse del yugo católico y, por otro, de mantener las constantes vitales de la patria. ■

PARA SABER MÁS

Arendt, H., *Los orígenes del totalitarismo*, Madrid, Sequitur, 1997.
Bastenier, M. A., *Israel-Palestina, la casa de la guerra*, Madrid, Taurus, 2002.
Ben Ami, S., y Medin, Z., *Historia del Estado de Israel*, Madrid, Rialp, 1991.
Bon, D., *El caso Dreyfus*, Barcelona, De Vecchi, 2000.
Culla, J. B., *La tierra más disputada. El sionismo, Israel y el Conflicto de Palestina*, Madrid, Alianza, 2005.
Gresh, A., *Israel, Palestina. Verdades sobre un conflicto,* Barcelona, Anagrama, 2002.
Herzl, T., *El Estado judío*, Barcelona, Riopiedras Ediciones, 2004.
Johnson, P., *La historia de los judíos*, Buenos Aires, Javier Vergara, 1991.
Muñoz Alonso, A., *La influencia de los intelectuales en el 98 francés: el asunto Dreyfus,* Madrid, Faes, 1999.
Poliakov, L., *Historia del antisemitismo: La Europa suicida (1870-1893)*, Barcelona, Muchnik, 1986.
Shlaim, A., *El muro de hierro, Israel y el mundo árabe*, Granada, Almed, 2003.
Sanz Miguel, C., *Zola y Dreyfus, el poder de la palabra*, Barcelona, Bellaterra, 2001.
Solar, D., *Sin piedad, sin esperanza, Palestinos e israelíes, la tragedia que no cesa*, Granada, Almed, 2002.